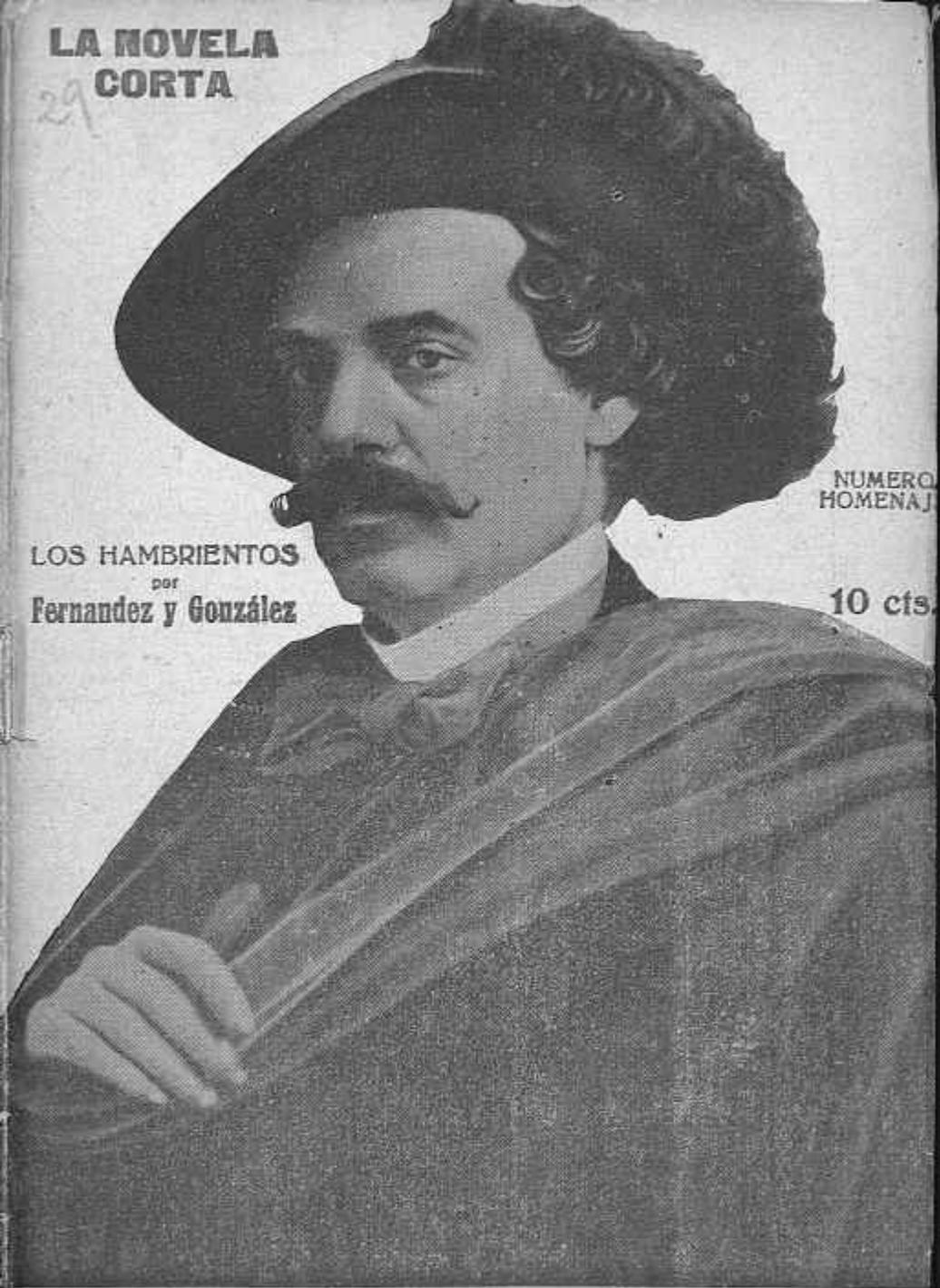


29
**LA NOVELA
CORTA**

LOS HAMBRIENTOS
por
Fernandez y González

NUMERO
HOMENAJE

10 cts.





Semblanza literaria

Fernández y González

POR

CRISTOBAL DE CASTRO

Fernández y González llega a Madrid con la famosa «Cuerda granadina». Este grupo genial, pintoresco, lleno de juventud, de audacia y de alegría, prepara, con la amenidad de Alarcón, las sátiras de Manuel del Palacio y la fantasía de Fernández y González, un inmortal ciclo literario.

En aquel coro de bohemios, el perfil altanero, olímpico, del gran novelista se acusa con la robustez infatigable de Balzac, el encanto histórico de Dumas, la facilidad andaluza de «El Solitario» y el estro poderoso de Zorrilla. La imaginación de Fernández y González es tan rica, tan varia, tan potente, que pasea por todos los campos de la invención con la desenvoltura y la magnificencia de un caudillo por todos los campamentos. Así, le es dable recorrer la Historia, evocando, en cuadros asombrosos—como «El Cocinero de Su Majestad», «Obispo, casado y rey», «El alcalde Ronquillo», «Los montes de la Ajujarrá» y «El pastelero de Madrigal»—personajes y ambientes de una dificultad enorme. Así también rehace todo el bandolerismo andaluz con «Diego Corrientes», «José María, el Tempranillo» y alguna otra novela de colorido insuperable. Así consigue dar al teatro su drama histórico «Rodrigo de Vivar» donde el aliento épico de Zorrilla dicta versos hermanos de la «Leyenda del Cid»:

Por necesidad batallo
y, una vez puesto en la silla,
se vá ensanchando Castilla
delante de mi caballo...

La conmovedora leyenda de Daudet, «El hombre del cerebro de oro», diríase inspirada en don Manuel Fernández y González. Apremiado por editores y acreedores, aquel hombre genial pensaba cada día su cerebro para saldar con el espíritu cuentas de sordidez y usura. Blasco Ibáñez, que fué su amanuense, sabe que en más de una ocasión don Manuel dictaba tres y cuatro novelas al mismo tiempo. Solamente Balsac reproduce este gran tormento literario de fabricar novelas para retirar pagarés o facturas. En estas angustiosas condiciones, solamente también un talento genial y un hombre pródigo, como Balzac y como el mismo Fernández y González, puede escribir cien tomos y cientos de millares de páginas, dejando ver por entre los montones de escoria el deslumbrador centelleo de algún diamante...

1-7-603/29

LOS HAMBRIENTOS

(MEMORIAS DE UN POBRE)

FOR

Manuel Fernández y González



Era una noche fríasima de enero.

Sonaron, a lo lejos las campanadas tocando a la oración de las ánimas.

A la última vibración de las campanas se unió ese ruido especial que produce un carruaje tirado por dos caballos cuando corre sobre nieve, y apareció por una revuelta del camino en dirección al Norte un ligerísimo carruaje.

Al reflejo de la luna sobre la nieve se veía bajo la capota del faetón una mujer que guiaba los caballos.

De tiempo en tiempo la conductora animaba a los caballos.

—¡Adelante, Magnífico! ¡Adelante, Emperador! Sois unos excelentes bichos. ¡Bien, muy bien! ¡Adelante!

Junto al camino, frente a la ermita, había una cruz de piedra sobre tres gradas, alumbrada por un farolillo pendiente de un pescante de hierro.

Al llegar a ella el caballo de silla, se asombró, se puso de manos; bufó arrojando un aliento espeso y recejó.

Aseguró las riendas a la loncha del faetón, saltó de él, adelantó rápidamente hacia la cruz y encontró en ella una pobre mujer humildemente vestida que abrigaba bajo su pañuelo un niño de pecho.

—¡Oh! ¿qué es esto? exclamó la joven.

—¡Ladrones! ¡asesinos! exclamó con voz desfallecida aquella pobre mujer. ¡Mi hijo... mi marido... lo han matado y a mí me han herido también.

—¡Oh, Dios mío! exclamó la joven mirando en torno suyo y como buscando socorro.

La herida pronunció con mucho trabajo sus últimas palabras.

—¡Mi hijo!... ¡mi hijo!... añadió. Yo muero... se me empañan los ojos. ¡Oh, Dios mío! Su padre se llamaba...

La joven se inclinó para oír mejor las palabras de la moribunda, pero ésta no volvió a hablar más.

La joven se inclinó, cogió al niño, le cubrió con su abrigo y reconoció a la madre. Había muerto.

Entonces la joven llegó a la ermita y llamó a ella con fuerza. La puerta cedió.

Entró, con más valor del que hubiera podido suponerse en una mujer delicada en un espacio oscuro y desconocido.

—¿Hay aquí alguien? dijo.

—Sí señora, contestó una voz desfallecida.

—¿Está usted atado?

—Sí, sí señora: y por la misericordia de Dios esos infames no me han muerto.

La desconocida buscó a tientas al santero, le encontró y le desató.

—¿Conocía usted, le preguntó, a esos pobres esposos que han muerto?

—No, no señora, contestó el santero. Yo dormía cuando me despertaron voces airadas: salí y vi que cuatro hombres a caballo habían detenido un carro del que tiraban tres mulas: al salir sonaron tres o cuatro tiros. Por lo que ví, el ca-

etero se defendía detrás de las dos mulas de varas; luego vi una mujer que se arrojaba vacilante a la cruz que caía a su pié. El carretero había caído muerto por otro lado del carro; las mulas espantadas, le volcaron; los ladrones, que oyeron estas voces, vinieron y me ataron y me metieron en la ermita. Después yo no sé lo que ha sucedido.

La joven salió y el ermitaño la siguió.

—¡Ah! exclamó el santero: es el ángel de Zamarramala.

—¿Yo? dijo la incógnita volviéndose de improviso.

—Sí; vucencia es la excelentísima señora marquesa de Castorreal, yo voy con muchísima frecuencia a Zamarramala, la he visto a vucencia en la iglesia y me han dicho los vecinos—. Aquel es nuestro ángel.

—Pues bien, bien, amigo mío: pida usted a Dios, no por el ángel, sino por la marquesa de Castorreal, que bien há menester del amparo de Dios.

Y yendo a su carruaje, entró en él, desató las riendas y exclamó:

—¡Jaá, Magnífico, Emperador, amigos míos! ¡aprisa! ¡ahora más aprisa que nunca.

Y los caballos, como si hubieran comprendido la situación en que se encontraba su señora partieron con la rapidez del huracán.

* * *

Al final de la calle Real del pueblo de Zamarramala, provincia de Segovia, hacia el Norte, y separada del pueblo por un barranquillo y un arroyo, había una casita humilde de un solo piso bajo.

Delante de una ventana que correspondía a un costado de la casa había una gran mesa, y sentado en un sillón del mismo género, leyendo o estudiando en un gran volumen en folio, había un hombre de escasa estatura, pero excesivamente simpático.

Don Ginés, en el momento en que le presentamos en escena sorprendiéndole a través de la vidriera de una de las ventanas de su despacho, tenía ante sí la Biblia abierta por el libro de los proverbios, por el libro en que más aparece la sabiduría humana y en que más se combaten las flaquezas de la vida.

Poco después del momento en que hemos conocido al cura de Zamarramala, se levantó el portier de la puerta de entrada y apareció una anciana muy blanca y muy pálida, con los cabellos completamente canos, vestida a la manera de las mujeres del pueblo.

—Vamos, señor cura, dijo: ya han dado las ánimas y ha comido usted muy poco; es necesario que tome usted algo.

—Gracias, Genoveva, gracias, contestó el eclesiástico con acento dulce y triste: no tengo absolutamente apetito; esta fatiga, este ahogo... y gracias a que cuando estoy levantando no me acomete la tos: temo acostarme.

—Pero, ¿no come usted, señor cura?

—No, Genoveva, no; me es imposible; y hago esfuerzos, porque no debemos abandonarnos. El cuidado de nuestra conservación es uno de los más graves deberes que nos ha impuesto Dios; pero me es imposible: mi estómago...

—Señor cura, dijo Genoveva: me parece que oigo la voz de la señorita Herminia.

—¡Oh! ¿a estas horas?, exclamó el eclesiástico levantándose vivamente.

Al mismo tiempo la sonora voz de la marquesa había dicho:

—¡Abre, Genoveva, abre! ¡Buenas noches, hermano!

—Siéntate y calientate, dijo el cura llevando a su joven hermana a la chimenea y mirándola con el apasionado amor de un padre. Hace mucho frío, Herminia, mucho frío; yo estoy helado. No hay fuego bastante para calentar mi sangre. ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué tienes, Ginés, qué tienes?

—¡Ah, qué momentos estos en que la necesidad, la debilidad, extravían mi razón! ¡Qué enfermedad esta tan terrible, Herminia! Las noches sobre todo... El día... vamos, se pasa regular. La iglesia, el confesonario, los pobres, los niños

que debemos instruir, todo esto son otras tantas bendiciones que me confortan, que me consuelan, que me dan valor. Pero las noches... ¡Oh, Dios mío! La soledad, el silencio, las sombras de nuestra familia muerta que vagan en esta casa... El buen obispo de Arequipa, nuestro abuelo, que abre el portier de aquella puerta y me mira, me mira, me deja ver en su noble semblante la compasión del dolor... y desaparece. Esta soledad es la soledad de mi alma.

—Ya no estaré solo, Ginés, dijo Herminia, porque yo vengo a quedarme contigo. Y acariciando a su hermano como a un niño pequeño, lo condujo al comedor, y después de su colación, le acompañó a su cuarto. No bien se había quedado sola cuando entró Genoveva.

—¡Señorita, señorita!, aquí hay un guardia civil que dice que tiene que ver necesariamente a la señora marquesa.

—¡Ah, sí, comprendo!, dijo tranquilamente Herminia: que entre.

Entró a poco un joven teniente de caballería de la Guardia civil: llevaba capote, levita y pantalón de uniforme, pero iba sin espuelas ni espada y tenía cortesmente el sombrero en la mano.

Herminia hizo también un movimiento de sorpresa.

—¡Cómo! ¿usted por aquí, Monteverde?, exclamó.

—¡Oh, sí, marquesa!, yo por aquí; y bien ajeno de encontrarla a usted.

—En efecto: no adivino, Monteverde, cómo o por qué está usted sirviendo en la Guardia civil.

—¿Y qué hemos de hacer, señora? Me he quedado solo en el mundo y me importa poco lo que sea de mí. Pero prescindamos de esto: vengamos a lo que me trae. Soy en este momento ante usted un funcionario público.

—¡Ah! no me asuste usted, Monteverde, contestó sonriendo Herminia. Pero ya sé: vendrá usted a pedirme informes acerca de un crimen horrible del cual no he sido testigo, gracias a Dios, pero cuyos resultados se han cruzado en mi camino.

—Bien, bien, marquesa; no se moleste usted, dijo Monteverde; yo no soy un juez de primera instancia ni mucho menos; no tengo tales merecimientos. Lo que se necesita saber es el sitio preciso y la hora en que usted ha encontrado los cuerpos del delito de ese crimen.

—Pues bien: fué a las ánimas, en la ermita de la Fuencisla; al pie de su cruz había una mujer expirante con un niño en los brazos. Al acudir yo a socorrerla murió, encomendándose su hijo; yo le recogí, le he traído al pueblo y lo he entregado para que lo críe a Rosa la posadera. Examinando después más detenidamente el lugar, hallé un carro volcado, una muía muerta; más allá el carretero, levantada la tapa de los seos.

—Bien, muy bien; basta con esto.

Mientras tanto un hombre llegó a la casa del cura y a la ventana cuyas maderas estaban abiertas y por cuyas vidrieras se veía el interior del despacho, y miró a través de una de las aberturas que dejaban los visillos.

Vió, porque como sabemos la chimenea estaba al frente de la ventana, a Herminia hablando con un militar.

Vió que nadie más había y saltó, encogiéndose en seguida para que si alguien sobrevenia no pudiese verle dentro del jardín.

Avanzó y ganó la puerta que de la casa correspondía al jardín.

A la derecha había una puerta cubierta por un portier, a través del cual pasaba una línea de luz que iba a proyectarse en la pared de enfrente.

El teniente de la Guardia miraba con éxtasis a Herminia.

Era una joven como de veinte años, alta, esbelta, mórbida, blanca como el nácar, pálida, rubia, con un rubio pálido, sereno, la frente grande, hermosa, los ojos dulces, la nariz de forma griega pero graciosa y la boca incomparable, una de esas bocas que poseen la sonrisa del ángel; el semblante oval, la garganta larga y bellísimamente contorneada.

El ex-marqués comprendió que la conversación había dado fondo, que aquella visita casual estaba terminada.

—Adiós, Herminia, hasta mañana que vendré a saludar a usted y a ponerme a las órdenes del señor marqués.

—Adiós, Monteverde, dijo Herminia, hasta mañana.

El personaje misterioso que se había quedado en el jardín se adelantó, resuelto a entrar en el despacho y entablar conversación con Herminia; pero adelantó de la misma manera cautelosa y tuvo que detenerse, porque oyó la voz de Herminia que dijo:

—¡Genoveva! hasme compañía; no sé por qué tengo miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué, señorita? dijo Genoveva permaneciendo respetuosamente de pie junto a la marquesa. Aquí no hay por qué tener miedo. ¿Quién ha de meterse con nosotros? Verdad es que yo se lo decía esta noche al señor cura; usted se ha descuidado tanto que la tapia no ofrece seguridad. El señor cura dice que con los pobres nadie se mete y que todo el mundo sabe en el pueblo que no tiene dinero, porque lo da a los pobres, ¡la verdad es que aquí está la vajilla del señor obispo, que vale mucho dinero.

—Cómo, murmuró el hombre, ¿conque aquí hay una vajilla de mi abuelo el señor obispo de Arequipa, que vale mucho dinero? Bueno es saberlo. En todo caso, si yo me llevo esa vajilla no robo a nadie, porque esa vajilla es de mi abuelo, y han sido conmigo harto injustos, ¡harto crueles.

**

Al cabo de una hora todo reposaba en silencio en la casa del cura de Zamaramala.

El cura leía en el libro de los proverbios, apoyada la cabeza entre las manos.

De tiempo en tiempo levantaba de sobre el santo libro los ojos y fijaba una mirada vaga, medrosa en la puerta del gabinete.

En una de estas ocasiones, el cura se levantó y quedó inmóvil, asombrado, mirando de una manera medrosa a la puerta.

En ella había aparecido una sombra, que tal lo parecía a causa de lo opaco de la luz, un bulto que se veía entre la abertura del portier.

Llevaba puesto el dedo índice de su mano derecha sobre la boca como imponiendo silencio.

—¿Quién eres? ¿quién eres?, preguntó el sacerdote sin miedo, porque sin duda estaba acostumbrado a las apariciones.

—Tu hermano Juan, contestó aquella especie de mendigo quitándose su sombrero.

—Mi hermano Juan murió, dijo tristemente el sacerdote, que miraba tenazmente al que se llamaba su hermano.

—Sí, dijo el otro: tu hermano Juan murió y no quiere resucitar. ¡Oh!, si pudiera resucitar, entonces se llamaría el excelentísimo señor marqués de Castroreal, porque, según me han dicho, tú has cometido la tontería de dejar tu título y meterte fraile. No hubiera yo incurrido ciertamente en esa torpeza, mi buen hermano Ginés, pero como no puedo resucitar, aparezco a deshora, cuando nadie puede verme ni oírme; pero habla bajo Ginés, yo no quiero aparecer más que para tí solo; y si tiene lugar esta aparición, es porque ya no tengo recurso alguno sobre la tierra.

—Pero ¿no has muerto, Juan?, exclamó el sacerdote, que al fin de entre la barba y la cabellera de su hermano había sacado su identidad.

—Vivo, sí, por un milagro, contestó Juan; pero los periódicos de Valparaíso dijeron que yo había muerto en duelo, me convenía pasar por muerto ante el mundo y me callé. No me preguntes ahora la historia de mis aventuras: vengo de prisa, muy de prisa; vengo por dinero.

—Que vienes por dinero me dices como pudiera decirme un bandido, ¿no es verdad?

—Acuérdate, Ginés, dijo con un sombrío sarcasmo Juan; acuérdate. ¡Y qué casualidad! hoy estamos a treinta y uno de Enero y es sobre poco más o menos la media noche.

—¡Dios mío!—dijo el sacerdote.

—Hace, sí, quince años, Ginés; me acuerdo muy bien. Aquí hace mucho frío, mucho, pero allí casi hacía calor. Estábamos en América, galopábamos los dos por un camino en dirección a una hacienda, a la hacienda de la Estrella; tú tenías veinticuatro años, eras robusto, fuerte, alentado; llevabas con mucha gracia tu uniforme con tres galones en la manga, tu casco plateado y tus botas de montar; regías admirablemente el poderoso caballo que montabas; yo era un hermoso joven, no tenía estas barbas que ahora me distrazan y que han impedido que al primer momento me reconozcas: no he incurrido en la tontería de tener remordimientos por lo que sucedió aquella noche; porque realmente, ¿quién tiene la culpa de que los indios sean terribles, una especie de demonios? Mataron a la tuya, hicieron desaparecer a la mía, en buen hora; tú diste en ponerte sombrío, melancólico, en tener remordimientos, te viniste del ejército y yo me quedé allí. Y luego... luego... ya se ve, mi india tenía un hermano terrible, yo me encontraba en una situación terrible también, había jugado hasta el poivo de la caja del regimiento...

—¡Jesús! ¡Jesús!

—Y por esto acepté con placer el duelo a que me emplazaba el hermano de Rosa; nos batimos, me dió una cuchillada por todo lo alto, Ginés, y si no mira.

Y se abrió la espesa cabellera y mostró una larga cicatriz en la parte superior de su cabeza.

—Como puedes figurarte, continuó, caí redondo al suelo. Mi contrario y mis padrinos se asustaron, huyeron y me dejaron solo; uno de los padrinos fué débil, confió el secreto a un amigo, aquel amigo, bajo palabra de que a nadie se lo revelaría, se lo dijo a otro, como sucede siempre, y el secreto, pasando de hombre de honor a hombre de honor, llegó a ser conocido de todo el mundo. Se me buscó, porque nuestros jefes llegaron al fin a conocer la historia, y solo se encontró parte de mi uniforme hecho pedazos y ensangrentado, y mis botas deshechas y mis armas abandonadas: esta había sido una artimaña de que se había valido otra india. ¡La Providencia, hermano, la Providencia! Una muchacha de un caserío inmediato, que yendo al río por agua me encontró entre la espesura donde había acontecido el duelo, exánime, me levantó con esa fuerza que tienen las indias y me llevó a su cabaña. —De manera que se creyó por todo el mundo que yo había muerto y que me habían devorado los animales feroces; y aquí paz y después gloria. ¿A qué me he de meter yo ahora en la larga narración de mis aventuras durante quince años? Bástete saber que he rodado por el mundo con mucho dinero, gozando mucho, figurando mucho; que he estado en Madrid, donde había muchos conocidos míos, y no me ha conocido nadie. Cierta es que yo poseía una ejecutoria rusa, unos papeles rusos por los cuales podía yo probar que me llamaba Ernesto de Krakoff, barón de Krakoff. Esa es otra historia. Un ruso, que Dios sabe por dónde adquiriría aquellos papeles, pues yo ignoro si eran o no suyos, no lo sé, no me he entrometido a averiguarlo, estubo en Baden, y habiendo perdido todo su capital a la ruleta, se valió de mí, me ocupó. Yo, que necesitaba tener un nombre, le dije: Barón, a usted lo mismo le importa llamarse H que R; yo daré a usted una cantidad respetable si me vende todos sus documentos. El ruso era hombre muy despreocupado. ¡Oh! no creas que cometí ningún crimen para arrebatarle esos papeles: se los compré en veinte mil florines. Yo estaba entonces en ganancias... ¿Qué me importaba entonces el dinero? Tenía asustado a todo el mundo: las mujeres más hermosas me adulaban, me celebraban, me perseguían y tenía necesidad de quitármelas de encima de una manera grosera. Ya se ve, ganaba tanto oro... ¡Lo que es el mundo, Ginés! Pero ahora que he dado fondo, todos me tratan con desprecio, y me he visto reducido a venir a buscarte en medio de la noche, haciendo el largo camino a pie y descalzo, desnudo, hambriento; no he querido preguntar por tí ni que nadie me vea entrar en tu casa: he temido avergonzarte; soy un perdido, o a lo menos lo parezco, y el hombre no es más que lo que parece. ¡Bah! no te entristezcas, hermano: todo esto no es cuestión de otra cosa sino de que me armes; unos cuantos miles

de reales, Ginés; lo bastante para que yo pueda ponerme decente, algo más que decente; elegante. Por ejemplo, ¿por qué no me regalas la vajilla de nuestro abuelo el señor obispo [de Arequipa? ¡Diablo! me hacías feliz. Dicen que vale diez o doce mil duros; digo, lo decía esa vieja que tienes de ama de gobierno. ¡Por vida de mi abuelo el señor obispo de Arequipa, y cuánto dinero se gastó en esta casa! ¡Magnífico techo, magnífica estantería! ¡Ah! ¡ellos tanto y yo tan poco! ¡Ah, diablo! no me responde porque no puede; a este mentecato le ha dado una congoja. Ya se ve, como tenía la cabeza inclinada sobre la mano... y así se ha quedado: es una congoja grave, tal vez la muerte.

—¡La muerte!, exclamó una voz espantada de mujer, al mismo tiempo que resonaban unos pasos precipitados.

Era Herminia.

En aquel momento, Ginés, que en efecto había sido poseído por una congoja causada por la impresión que le hizo sentir la presencia de su hermano, a quien creía muerto, abrió los ojos, suspiró y se pasó las manos por la frente.

—¡Oh, qué sueño tan horrible!, dijo. Pero no, no ¡es sueño: estás tú ahí, tú, hermano.

—¡Nuestro hermano!, exclamó Herminia.

—Sí, hija mía, sí, nuestro hermano Juan.

—¡Nuestro hermano Juan!, exclamó creyendo en sorpresa y en un asombro que podríamos llamar doloroso. Herminia: ¡nuestro hermano Juan, que creíamos muerto y se nos aparece en ese estado!

—¡Sí, hija mía, sí; viene a nosotros como el hijo pródigo, pero el hijo pródigo volvió a la casa paterna convertido, y este viene a buscarnos cuando ya no tiene medios para sacar de ninguna parte un solo maravedí; para que le demos dinero. Hasta ahora no se ha acordado de nosotros, ha permanecido para nosotros en el fondo de su tumba. He aquí una oración diaria mía inútil.

—¡Vamos! razón tenía yo en no venir. Hé aquí que la miseria y la desesperación me han echado ante un mojigato y una chiquilla nerviosa; perfectamente amados míos, y puesto que no me comprendéis y que los contrario, me marchó; todavía me queda un recurso; me echaré a ladrón.

Y Juan se inclinó para coger su morral, que estaba al pie del sillón donde se había sentado.

—¡Espera! dijo Herminia con una energía y una autoridad superiores a su sexo y a sus años. ¡Espera! No partirás desamparado de junto a tu familia.

—Santa palabra, hija mía.

Monteverde y el cabo López habían llegado al puesto.

En el momento en que Monteverde entró en él, se le abalanzó una gitana que le hizo retroceder asombrado, tan hermosa era.

—¡Por María Santísima, señor! dijo la gitanilla que apenas contaría diez y ocho años, agarrándose a Monteverde sin miramiento ni inconveniente alguno. ¡Por María Santísima! ¿qué va usted a hacer con los pobres gitanos? Mire su merced que ahí están mi padre y mis tres hermanos y que ellos no han hecho nada para que los tengan como los tienen en un sótano; que me he asomado a un ventanillo que hay en la trampa y me han dicho que están muriéndose de frío y que les corre el agua por bajo.

—Vamos, muchacha, quitate de encima, dijo Monteverde y no me tientes la paciencia porque te encierro también a ti.

—¿Y por qué me tiene que encerrar su merced? ¿qué he hecho yo?

—Pero mira, no sueñto a tu padre ni a tus hermanos porque han cometido un crimen horrendo.

—Oiga usted, señor oficial, dijo la gitana vieja; ¿qué crimen es encontrarse dos machos sueñtos en el camino, con los atalajes de un carro, y recogerlos para que no se pierdan los animalitos?

—¡Hola, hola! ¿conque ha sido eso? ¿conque ha sido que se han encontrado dos machos con los atalajes de un carro? Bueno, bien. ¿Y dónde están esos ata-

lajes? ¿No habéis pasado por la Puenciscia esta noche? Y si habéis pasado por la Puenciscia, ¿cómo no habéis visto lo que allí ha sucedido si veniais para aquí? ¿y si ibais para allá, por qué habéis retrocedido? Vamos, me parece que todo se va a gobernar con que engarroten a cuatro gitanos.

Y las gitanas se echaron al suelo, se tiraron de los cabellos, se echaron a llorar y a gemir y a gritar de una manera que no se podía resistir aquello.

—A ver, saquen ustedes a esas mujeres, dijo Monteverde, a quien a pesar del amor que le había inspirado Herminia, le había llenado el ojo la gitana joven y hermosa. Ahora vais a venir conmigo.

—¡Ay, Jesús! ya sé yo a lo que el señor quiere llevarnos, dijo Aurora; a que veamos esos muertos. Pues yo, ni hecha pedazos me he de arrimar a un muló.

—Anda, anda, muchacha, que yendo a mi lado, los muertos no se atreverán contigo. A ver, guardias, si hacen ustedes a esas tras que anden, que lo que es esta croa que se viene detrás de mí.

Aurora era una joven alta, rubia, blanca y con los ojos negros.

La frente serena, los ojos grandes, magníficos, negros de una manera intensa, la nariz recta, pura graciosa, la boca purpúrea, húmeda, inmejorable, la garganta contornada, voluptuosa, los hombros anchos, alto el seno, la cintura reducida, las cañeras salientes, el pie pequeño y la parte de pierna que bajo la corta falda se veía de una forma deliciosa.

Llevaba un corpiño encarnado descostado que dejaba ver una camisa muy blanca y muy fina, abierta.

En la garganta un gran collar de corales de dobles vueltas que caía ámplio sobre su seno.

—¡Ay, señor! dijo Aurora soltando un suspiro que parecía le había salido de lo hondo del pecho. ¿Para qué quiere usted que nosotros veamos a los muertos?

—Para que juréis sobre ellos por vuestras almas que no los conocéis.

—Malos mengues se lleven la mía, diablos digo, que usted no entiendo la lengua flamenca, si es menester eso para que yo se lo cante a usted todo; pero ha de ser con el consentimiento de que yo no he de volver a poder de esos gitanos, porque si hablo y vuelvo me matan.

—Velasco, dijo el teniente, volviéndose a los guardias que iban a cierta distancia con las otras tres gitanas: lleven ustedes esas gitanas al puesto, y tráigame usted mi caballo a aquellos sotechados.

—¿Y a dónde se va usted a llevar a mi Aurora? exclamó la gitana vieja, crispada; con las manos gafas y echando fuego por los ojos y espuma por la boca.

—A Segovia, a que preste declaración ante el juez.

—¡Ah, maldita, hija de mala madre, mala mujer! exclamó la vieja temblando toda. Te ha gustado ese militar y nos vendes. Permítame Dios que malos mengues te lleven arrastrada y que te veas comida de gusanos y no te los puedas quitar de encima y que si tienes hijos te se mueran de usagra. ¡Maldita; maldita y maldita seas!

Los guardias civiles se llevaron a empujones a las tres gitanas.

—Sí, sí, maldice, dijo Aurora siguiendo al teniente hacia los paredones. Gracias a Dios que he encontrado una persona de quien fiarme para salir de vuestras manos.

—¿Te fías de mí?

—Sí, señor; tiene usted cara de ser muy bueno, y yo no me engaño, y de ser muy caballero y muy rico, porque sí.

Monteverde, por el acento de Aurora y por las maldiciones que le había lanzado la gitana vieja, se convenció de que Aurora hablaba de buena fé y se apresuró a ponerla al abrigo del sotechado porque la nieve espesaba.

—¿Y qué edad tienes, le pregunté, diez y ocho años, no es verdad?

—No tan vieja, que por Abril cumplo quince.

—¿Quince?

—Sí señor, quince. ¿Pues qué, represento más?

—No, hija mía; tienes una juventud brillante; pero yo te creía de más edad.

—Sí, porque soy así, alta, recia, de buenas carnes; pero eso engaña: no tengo más que quince años, créame usted, y aun así no los he cumplido todavía.

—¡Quince años!... murmuró Monteverde. ¡Quince años!... blanca... rubia... los gitanos no son generalmente así. ¿Hay gitanos blancos y rubios?

—Sí señor; hay muchas gitanas blancas y rubias, sólo que son blancas de otra manera que yo, así como los guantes de cabritilla, ¿entiende usted?, una blancura que no es castellana. Mi blancura no es así; yo tengo un poco de trigüena, ¿no es verdad?

—No, lo que tienes es el azul de la sangre de las venas que se te transparenta y te hace parecer como de nácar.

—Pero tengo más pruebas, ¿entiende usted? Y si se buscara, bien puede ser que yo encontrara a mis padres.

—¿Y no pueden revelarlo esos gitanos?

—Primero se dejarán hacer pedazos. Ya verá usted si le cuesta debajo sacarle si hicieron o no hicieron lo de esas muertes que usted dice. En fin, cuando no nieve, yo le llevaré a usted a un sitio donde le diré lo que haya; pero ha de venir usted solo, ¿entiende usted?, porque si no, nos exponemos.

Empezó a recelar Monteverde; temió que Aurora no fuese una de esas mujeres satánicas que seducen, que embriagan y engañan al más experimentado.

De los gitanos no se había recabado nada.

En vano el juez insistió: los gitanos permanecieron negativos, y fué necesario llevarles de nuevo al puesto de la Guardia civil.

Todo cuanto se trabajó fué inútil; insistieron en que las mulas o machos que habían llevado a la posada de Rosa los habían encontrado sueltos en el camino y sin atalajes.

Monteverde había hablado muy largamente acerca de Aurora con el juez, y le había dicho:

—Estoy encargado de ella, y de ella respondo yo; es el único medio de que pueda descubrirse algo, porque me ha prometido hacerme revelaciones, no acerca de este crimen que no conoce, sino de personas que están en relación con los gitanos, con quienes ha vivido violentamente, y por este medio tal vez podrá descubrirse algo.

Puso en antecedentes al juez de que Aurora a todas luces era una niña robada en su infancia y criada por los gitanos, y que no había huído de ellos por no tener ocasión; e interesándose por esta circunstancia romancesca, y exigiendo palabra de honor a Monteverde de que respondería de la gitana, se fué, llevándose a los cuatro gitanos y a las tres gitanas presos a Segovia, saliendo mucho después que ellos porque fué a visitar y a hacer algunas preguntas, acerca de la criatura que había adoptado, a don Ginés.

Lo acompañó a casa del cura Monteverde, y al ver transformado ya a Juan, se inmutó.

—¿Qué es eso, hijo, qué es eso?, exclamó Juan notando la conmoción de Monteverde.

—Nada, hombre; nada, respondió éste. Pero venga usted aquí. ¿Me va a contestar usted francamente?

—Hombre, diré a usted, Monteverde, todo lo que sepa acerca de lo que usted me pregunte.

—¿Tiene usted idea de una hija suya perdida hace muchos años?

—¿Quién, yo?, exclamó Juan: ¿yo idea de una hija mía?... Espere usted, Monteverde, espere usted. ¿Qué edad tendrá esa hija mía, acerca de la cual me pregunta?

—Unos quince años.

—¿Quince años? ¿Tiene trazas de criolla?

—Acaba usted de resolver una duda mía: sí, en efecto, los ojos de las criollas

y de las gitanas se parecen mucho; es posible que lo sea, sí. Pero usted tiene antecedentes?

—Lo que es yo no tengo ninguno; pero esto no prueba nada. Tuve hace quince años unos amores que han hecho clérigo a mi hermano, porque él tuvo también otros amores que salieron muy desgraciados y nos pusieron en una situación muy difícil. Es verdad, sí, puede ser... ¿Dónde está esa mujer?

—¿Quiere usted verla?

—Con ansia.

—Deje usted que acabe su visita el juez, que se vuelva a Segovia y quedemos aquí libres.

—Pero ¿usted ha visto a esa joven de quien me habla?

—Sí señor, sí; venía con los gitanos, reos presuntos del crimen de la Fuen-
cisia.

La joven estaba en la puerta cuando se aproximaron Monteverde y Juan.

—¡Diablo!, dije este último. ¿Qué divinidad es esa, Monteverde?

—Es...

—Antes de que pudiese contestarle éste, como estuviese más cerca Aurora, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Señor! ¿Qué es esto?

Y se llevó las manos a la cabeza, vació como un ebrio y por poco cae del caballo.

Aurora acudió a sostenerla.

—Pues señor, exclamó Juan; que voy a tirar de la manta y allá va. Yo soy tu tío, Aurora.

—¿Que es usted mi tío, señor?

—Sí, tu tío carnal, hermano de tu padre.

—¡Oh! exclamó Monteverde mientras la joven callaba asombrada.

—Pues bien, esto es verdad; y tan verdad como que no tengo duda de ello.

Aurora es hija del cura de Zamarramala.

—¡Dios mío! ¿Que soy yo hija de un cura, exclamó Aurora.

—Sí, hija, que lo eres. Verás cómo se puso en el caso de ser tu padre. Ahora bien, queda una punta de la manta y va a salir fuera. Yo no soy ruso ni por pienso; yo me llamo don Juan de Fonseca y soy hermano de la marquesa de Castreoreal y del cura propio de la villa de Zamarramala.

—¡Ay, Dios mío! ¡no sé lo que pasa por mí! exclamó Aurora. Conque dice usted, señor, que usted es mi tío y que su hermano el señor cura del pueblo es mi padre, y que no era eclesiástico, cuando...

—No, hija mía, no; hace quince años tu padre era coronel del quinto regimiento a caballo de artillería, y yo capitán de la primera batería de ese regimiento. Luchamos en P..., combatimos por el rey y por España contra la insurrección de aquella colonia, y entonces conocimos a una familia india. Pero esta es una cuestión más larga. Mi hermano amó a la hermana de la mujer que yo amé, sobrevinieron sucesos terribles, una catástrofe espantosa, y por aquel tiempo yo hice lo bastante para agradecer mucho el que un tío tuyo indio, gravemente ofendido, me llevase al campo del honor y me diese una cuchillada de la cual conservo como memoria una cicatriz más que decente y pasé por muerto.

—Ahora lo que se necesita es que Aurora nos diga cómo ha vivido, y si tiene motivos para haber sospechado que no era hija de un gitano.

—¡Oh! sí señor, sí; yo creí que nada tenía que ver con las gitanas entre quienes me he criado, porque he oído medias palabras. Han dicho muchas veces:—Es necesario cuidar de ella: esto puede traernos una suerte muy buena.—A mí me han cuidado, me han acariciado, han hecho por mí todo lo que han podido, me han engalanado, me han cubierto de alhajas y me han guardado mucho de los hombres.

—¿Y has amado sobre hija mía? preguntó Juan

—No, contestó bajando los ojos y ruborizándose Aurora; no, no he amado nunca.

—Y bien, preguntó Juan, díjnos algo de tí, sobrina. ¿Quiénes te han dicho que han sido tus padres?

—Dos gitanos que murieron. De mi padre me han dicho que le mató por celos uno que estaba enamorado de mi madre al tercer día de la boda y que mi madre se murió al darne a luz.

*
*

Segovia es quizá la ciudad de España dentro de la cual se siente menos la época en que vivimos. Salvo algunos edificios, algunas casas y algunas calles del centro, el resto de la población dentro de muros pertenece completamente a la Edad Media.

Junto a la puerta de San Andrés, había en 1845 una gran casa tétrica, de la cual se decía si tenía duende o no le tenía, y que no podía suceder nada bueno al que viviese en ella.

Sin embargo, aquella casa, que desde tiempo inmemorial habían conocido los segovianos deshabitada, abandonada, rotas las maderas, húndidos los tejados, diez años antes, en 1835, había sido restaurada y puesta en estado de ser habitable por su dueño el marqués de Castoreal.

Don Bartolomé Fonseca era segundón de una casa ilustre, hermano del marqués de Casanuevas, que residía en América.

Antes de morir su padre procuró acomodarle bien, y le casó con la señorita Herminia de Santistéban, hija única y heredera de don Juan de Santistéban, marqués de Castoreal.

Hijos de este matrimonio fueron don Ginés, el mayor, y don Juan y Herminia.

Cuando Herminia cumplió sus quince años, como era el alma de la casa, como todo lo dirigía y lo arreglaba ella, tuvo para ella su padre una recrudescencia de amor. Mandó construir para ella la bonita quinta de Zamarramala y la emancipó de hecho, declarándola particularmente, ya que legalmente no podía hacerlo, mayor de edad, encargándola del gobierno de todo, y manifestándolo así a sus administradores.

Herminia señaló a su padre dos millones de reales anuales para que hiciese de ellos lo que quisiese.

Hizo señalar otros dos a Ginés, reservándose otros dos ella; pero Ginés se opuso abiertamente, manifestando que le bastaba con la renta de su curato para vivir, con sus alimentos como inmediato para hacer limosnas, y que por esta parte Herminia hacía cuanto era necesario para consolar las desgracias de los pobres a quienes conocía.

Esta era la situación de aquella familia cuando tres meses antes del día en que empezó la acción de nuestro libro, se presentó en Segovia en la casa del marqués, solicitando hablarle, una mujer excepcional a quien acompañaba un criado excepcional también.

Aquella mujer podía contar veinticuatro, treinta o más de treinta, lo que quiere decir que su juventud era brillante. Vestía un ancho traje de seda rica azul y blanco, a listas estrechas, del cual sólo se veía la falda, porque el resto lo cubría un ancho abrigo a manera de capa con mangas amplias de paño de sedán, forrado de pieles de armiño, según se veía en la vuelta de las mangas, en la del cuello y en los bordes. La acompañaba un negro.

En su tarjeta, que se leía «Rosa Alvarez», había escrito la misma con lápiz: «Peruana que trae al señor marqués de Castoreal noticias que pueden esclarecer la causa de la muerte de Juan de Fonseca, su hijo.»

Poco después, Rosa se presentaba al marqués de Castoreal despojándose de un chal que envolvía su cabeza.

El marqués lanzó un grito ahogado, un grito de dolor.

Se le había aparecido de improviso un ángel de fuego.

Rosa tenía la cabellera cortada en una longitud bastante para llegar a la estremidad de sus hombros.

Aquella cabellera estaba admirablemente peinada en largos rizos pesados, brillantes, sedosos, negrísimos. Era la melena de una leona terrible; y luego, aquella admirable regularidad de formas, aquella armonía, aquel semblante oval, aquella frente serena, aquellas cejas suavemente arqueadas, anchas, negrísimas, aquellos negros ojos de fuego, atenuados o más bien sublimados por la sombra de unas largas, espesas y curvas pestañas, aquella nariz deliciosa y terrible a un tiempo, porque a la vista del marqués se dilataba y se contraía como la del tigre hambriento, aquella blancura lívida, transparente, mórbida, por decirlo así, como la del mármol de Pharos, aquella boca de sonrisa irresistible, de labios sonrosados y húmedos, a cuyos extremos se marcaba esa incitante arruga que determina la voracidad del amor, aquella garganta esbelta, deliciosa y como si se hubiera ocupado de ella el espíritu de la voluptuosidad, aquellos hombros anchos, aquel seno elevado, aquella cintura cimbradora, lo alto de la estatura, la admirable expresión de todos los miembros de aquel conjunto, y luego la riqueza y la elegancia del traje, hacían de Rosa una de esas mujeres que sueña un pintor de imaginación calenturienta, y que le desespera porque no puede fijarla en el lienzo.

—Por usted, dijo Rosa, acabo de hacer un violento viaje; ¡como que me encontraba nada menos que en San Petersburgo!

—¿Por mí, señora?, dijo el marqués.

—Sí, por usted. Pues qué, ¿no es usted padre de Ginés y de Juan de Fonseca?

—Si señora, contestó el marqués estremeciéndose.

—Pues bien, contestó Rosa; yo tenía una familia y no la tengo, yo tenía padre y mi padre ha sucumbido, yo tenía una hermana y mi hermana ha muerto, yo tenía un hermano y ese hermano ha desaparecido. Estoy sola en el mundo, aunque no pobre; pero el dinero no llena las necesidades del corazón. Nosotros éramos ricos, muy ricos; y tanto, que a pesar del naufragio de nuestra familia he podido salvar algunos restos de nuestra fortuna, lo que basta para que yo pueda vivir, no sólo con comodidades, sino hasta con lujo. No es una mendiga ni una mujer de industria la que se presenta a usted, señor marqués; es una joven que ha perdido a su familia y que busca en usted un padre y en sus hijos hermanos. Por lo demás, tengo un millón de duros consignado en el banco inglés.

—Y bien, señora; el dinero no es el que satisface la sed y el hambre del corazón. Con el dinero se compra todo lo que es comprable, pero no se compran la amistad, ni el amor, ni el respeto, ni nada de lo que pertenece al espíritu. Yo soy rico, muy rico, y sin embargo muero del hambre del corazón, porque los afectos con que el corazón se alimenta no se compran.

—¡Oh!, ¡qué feliz sería yo, exclamó Rosa, si pudiera satisfacer la sed y el hambre del corazón de usted!

—¡Usted, hija mía, calmar la sed y el hambre del corazón de un viejo enfermo!, exclamó el marqués.

Y sus ojos se extraviaron, apareció en ellos la locura que ofuscaba su espíritu, y la expresión de una adoración idólatra a la hermosura que ostentaba ante él Rosa.

—Vivamos, dijo Rosa reclinando su cabeza sobre el respaldo del sillón y dejando ver por entero su tentadora garganta al marqués, vivamos tranquilos y felices; pero un día llegó al puerto del Callao una fragata de guerra española. Los oficiales y la tripulación fueron admirablemente recibidos; estábamos entonces en buenas relaciones con España. Nosotros pertenecíamos a la buena sociedad de Lima, y en nuestra casa fueron presentados el comandante y los oficiales de la fragata *Perla* y algunos oficiales de artillería que venían a bordo: uno de éstos era don Ginés de Fonseca, hijo mayor de usted. Le acompañaba su hermano Juan de Fonseca. Mi familia se componía de mi anciano padre; de mi hermano José, de mi hermana Carmen y yo. Carmen no pudo ver sin estremecerse a Ginés, y Ginés, por su parte, miraba a Carmen ¡cabalmente como usted me mira, señor marqués.

—¡Oh, Dios mío!, exclamó el marqués; usted es una divinidad.

—Pues si yo parezco a usted una divinidad a su hijo de usted tenía, como es probable, las mismas aspiraciones y el mismo gusto que usted. Carmen debió parecerle divinidad de las divinidades. ¡Oh!, ¡qué mujer!, ¡qué arcángel!... Ha muerto la desgraciada: su amor le costó la vida.

—¿Se amaron?, exclamó el marqués.

—Sí, desde el momento en que se vieron; pero mi padre, que era un indio Infrangente, si bien trataba afablemente a los españoles como amigos, como cuestión de raza los detestaba, porque nosotros descendemos de los incas, marqués, porque el desgraciado Atahualpa es nuestro progenitor.

—Ginés de Fonseca pidió la mano de mi hermana a nuestro padre, y entonces mi padre, obedeciendo a su orgullo de raza, a su odio contra los conquistadores de su patria, contra los antiguos tiranos que habían matado a nuestro real progenitor, se indignó, arrojó de su casa a los hijos de usted, y nos prohibió a Carmen y a mí que ni siquiera conserváramos el recuerdo de los dos godos (sabe usted que así se llama en América a los españoles) que habían puesto los ojos en sus hijas. Mi padre generalizó la frase, porque la verdad es, señor marqués, que ni Juan puso los ojos en mí, ni yo los puse en él. Aconteció lo que era de prever: Carmen y Ginés se entendieron, a despecho de mi padre, sobrevinieron las citas nocturnas, los olvidos, la desdicha, y una noche... una noche, continuó Rosa después de un momento de silencio, era la del 31 de Enero de 1830, me acuerdo bien, reinaba una gran tempestad en el espacio; los truenos eran horrosos, los relámpagos deslumbraban, la lluvia caía a plomo: ¡qué lluvia!... como si un océano se hubiese colocado sobre la tierra y se desplomase en ella. Ginés había saltado las tapias de nuestro jardín: allí le esperaba enamorada, loca, Carmen. La situación en que la infeliz se encontraba no podía ser más extraña: era madre. Su estado de maternidad estaba a punto de hacerse reparable; era necesario huir para que mi padre no la matase. Se había decidido la fuga. Yo debía huir también, porque no tenía valor para separarme de mi hermana. Juan acompañaba a Ginés. Un esclavo traidor nos vendió en el momento en que íbamos a superar con una escala las tapias del jardín. Mi padre y mi hermano, avisados por el esclavo, aparecieron.

—¿Qué sucedió?, dijo el marqués.

—Sucedió que, irritado mi padre, amenazador, terrible, dió ocasión para que Juan de Fonseca, su segundo hijo de usted, menos prudente, menos bravo tal vez que Ginés, matase de un pistoletazo a mi padre y pusiese de otro fuera de combate a mi hermano.

—¡Oh, Dios mío!, exclamó el marqués; esto es terrible, espantoso.

—¡Oh!, sí, sí, es terrible, espantoso, de todo punto espantoso. Mi hermana se desmayó, yo también; cuando volvimos en nuestro conocimiento estábamos en el convento de la Madre de Dios, señor marqués. Mi padre estuvo depositado en la iglesia, y mi hermano, herido gravemente, en sumo peligro. Pasó algún tiempo: uno, dos, tres meses; logróse que mi hermano nos sacase al fin de aquella clausura; volvimos a la casa paterna. En ella el loco amor de mi hermana por Ginés había causado trastornos enormes. Abandonados los negocios a nuestros administradores, éstos habían faltado a nuestra confianza y habían huido, llevándose grandes fondos. Una quiebra producida por la situación lamentable en que se encontraba mi familia, por el descuido, por la mala fe de nuestros corresponsales, dió un golpe funesto a nuestra fortuna. Por último, Carmen dió a luz una hija, resultado de sus amores con Ginés.

—Y esa hija...

—Había que preguntárselo a mi hermano: él la arrebató de los brazos de su madre, él la hizo desaparecer, él se mantuvo inflexible, él manifestó a Carmen que debía satisfacerse con que se contentase sólo con separar de ella aquel fruto maldito de un amor que había causado a la familia tan graves desgracias. Carmen enfermó, y al poco tiempo sucumbió a su dolor. Por otra parte, mi hermano, sediento de la sangre de Ginés, había ido a buscarle y no le había encontrado.

pero había encontrado en cambio a Juan, y tanto le daba. Juan había matado a mi padre, Juan le había herido a él; se batieron, y Juan fué muerto. Esta muerte obligó a mi hermano a expatriarse, y yo me quedé sola, completamente sola, sin parientes, sin nadie que me protegiese. Entonces realicé todo lo que nos quedaba de nuestra fortuna y obtuve millón y medio de duros que hice se impusiese en el banco inglés, quedándome con una suma respetable para viajar. He viajado durante muchos años por América y Europa, sola, y triste, acompañada de un fiel criado. Por último, mi soledad se me ha hecho insoportable, y me acordé del padre de aquellos dos jóvenes que tantas desgracias habían traído sobre mi familia y la habían exterminado, que me habían dejado sola, y por consecuencia me encontraba con un derecho a que mi soledad terminase siendo acogida por la familia de aquellos que todo lo habían causado. Yo soy pronta en mis determinaciones, señor marqués. Estaba en San Petersburgo cuando pensé en esto, y fui decididamente al embajador de España en aquella corte, le pregunté por el marqués de Castoreal, y me contestó:—Le conozco mucho, aunque hace tiempo que le he perdido de vista. El señor marqués, por desgracias infinitas, se ha retirado de la corte y se ha ido a vegetar a su casa solar de Segovia.—¡Ah!, dije al embajador: ¿conque el marqués de Castoreal es muy desgraciado?—Desgraciadísimo, señora; por su familia han pasado grandes desventuras, y él mismo está enfermo, y aun se teme que algo lastimado de la cabeza.—¡Ah!, pues no estará solo, dije para mí; y en aquel mismo punto tomé el camino de España. Hace tres días he llegado a Madrid, he acabado de informarme, y he venido aquí. Ahora bien, señor marqués, ¿no es cierto que estoy en mi casa?

—¡Oh, señora!, exclamó el marqués; usted será el sol que la vivifique, que la refrigerere.

—Pero ¿no teme usted que haya alguna oposición de parte de sus hijos? Ginés me conoce demasiado, Ginés tal vez me aborrece.

—Ginés no está aquí, señora; no viene nunca: se entretiene allá con sus felk greses del pueblo de Zamarramala, inmediato a Segovia, del cual es cura párroco.

—Vaya usted al cuarto de la señorita, dijo el marqués cuando apareció a su llamada el ama de gobierno, y díjala usted que la espero.

—Siento mucho no poder complacer a vuecencia, señor, contestó doña Anacarsis, porque la señorita está en Zamarramala.

—¡Ah! sí, es verdad. ¡Qué cabeza la mía! lo había olvidado! se me despidió esta mañana para ir a ver a mi hijo Ginés que está algo enfermo. Yo hubiera querido que la apsentadora de usted, Rosa, fuese mi hija, una excelente joven que espero intimará con usted muy pronto, pero no está en casa; la avisaré. Doña Anacarsis, esta señorita, hija de una familia amiga mía y huérfana, se queda en casa.

—Adiós, marqués: buenas noches.

Doña Anacarsis tomó uno de los candelabros que ardían sobre la chimenea, no porque la casa no estuviese alumbrada, sino porque no había luz en el cuarto de Herminia, y echó a andar después de haber hecho una reverencia a Rosa como diciéndola: estoy a las órdenes de usted.

Rosa la siguió.

—¡Oh! ¡yo voy a volverme loco, Dios mío! ¡Qué mujer! ¡qué divinidad! ¡qué fujo de hermosura! ¡qué distinción! ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Contraeré yo otro amor sin esperanza, otro amor terrible? ¿Quién es esa mujer? Una huérfana que está sola en el mundo, una huérfana cuya familia ha sido destruida por locuras, por crímenes de mis hijos. El remordimiento que devora a Ginés, su misantropía, Juan muerto por un hermano vengador, muerto cuando acababa de deshonrar a una familia, malversado los fondos de su batería, de los que se le había encargado... ¡Ah! ¡qué desgracia tan inmensa la mía! ¿Y cómo cerrar a esta desdicha las puertas de mi casa?

Estas habitaciones estaban amuebladas, entapizadas, ornamentadas con una elegantísima y rica sencillez.

Rosa se alzó bien al entrar en el antedormitorio y al verse reproducida por los cuatro grandes espejos que ochavaban la estancia.

Una magnífica chimenea de mármol blanco parecía destinada a contemplar lo confortable de aquel bellissimo departamento.

Sobre las mesas de noche había dos estantitos llenos de pequeños libros, de ejemplares de esas ediciones en miniatura que los alemanes, los italianos, los ingleses han hecho de sus grandes autores.

Rosa tomó uno de aquellos libros a la ventura, salió al antedormitorio, le abrió a la luz de uno de los candelabros y se encontró con el pasaje del infierno de *La Divina Comedia* en que el conde Ugolino devora el cráneo del cardenal Rugiero.

—Será feliz esta mujer, dijo volviendo lentamente al antedormitorio; es rica, riquísima, todo lo que me rodea me lo afirma. Aquí hay un gusto exquisito. Todo esto es artístico, todo esto ha debido costar sumas inmensas. ¡Oh! el dinero, el dinero es la gran felicidad; el dinero lo hace todo; es el omnipotente dios del mundo. Dinero e inteligencia; he aquí todo. Con inteligencia y dinero todo se domina. Necesito conocer bien a mi nueva familia. ¡Ah! aquellas dos papeleras... añadió mirando dos preciosos muebles colocados a uno y otro lado de la chimenea. Y están abiertas. Esta mujer no tiene secretos. Es pues feliz.

Reparó en que las papeleras estaban fuera de la visual de la puerta; fué a una de ellas y la abrió.

—Cartas de amigas llenas de tonterías, cuentas... ¡ah! cuentas de caridad, fuertes cantidades entregadas a eclesiásticos, a curas parrocos... ¡Bah! una soñadora. La caridad, es decir, el sacrificio propio por nuestros semejantes en figura, por nuestros enemigos, nuestros envidiosos o nuestros indiferentes. ¡Ah! una chiquilla. Sin embargo, la caridad es el vicio de las almas apasionadas. Estas criaturas dulces suelen ser muy fuertes. Ya la iremos conociendo. Nada, aquí no hay nada: este es un mueble vacío.

Se sentó y escribió.

«He llegado, he sido vista, y he vencido. Dispénsame este plagio a César; es la verdad: el marqués está loco por mí. Ha bastado con que me vea. Se estremeció y se extraviaron sus ojos. Me he establecido definitivamente en la casa y puedes tener por seguro que venceré con suma facilidad todos los obstáculos que se opongan a mi permanencia en ella. Me considero yo marquesa de Castroreál. No tengas celos, lobo mío. En primer lugar, el marqués es un viejo repugnante; y además, que sería horrible que habiendo sido la amante del hijo fuera quince años después la mujer del padre. Tú no crearás mucho en esta delicadeza de mi conciencia, ni yo tampoco, pero puedes creer en la delicadeza de mi estómago, que no violentaré por nada del mundo. Una sola caricia de ese marqués me haría contraer una irritación gástrica que daría conmigo en tierra y no quiero morir tan joven. Tranquilízate, Gabriel, estoy contenta como un autor hambriento de aplausos. Voy a poner en escena al mismo tiempo algunos dramas de grande efecto. No tendré más público que tú, pero me satisfaré (con que tú me aplaudas de buena fé, con que por resultado de mi obra contraigas por mí más adoración y más respeto, y te persuadas de que yo soy una fiera de alta caza, muy superior a tí, carnibal de mi alma. Sufró porque recuerdo escribiéndote con mucha más fuerza y no te veo, Paciencia, hijo, paciencia; ya tendremos tiempo de vernos. ¡Oh! este es nuestro gran negocio. Dentro de un año, cuando más, podremos tomar la vuelta de afuera y hacernos a la mar con la proa a lo infinito. Adiós, Gabriel; ya sabes que para escribir soy muy indolente, y me asombro de haberte escrito tan largo. Túya hasta las entrañas y enatorada. — Rosa.

A poco entró Saul.

—¿Has traído a casa el equipaje? le preguntó Rosa en voz opaca que no podía ser oída aunque escuchasen trás de la puerta.

—Sí, le he llevado al cuarto en que me han acomodado: un buen cuarto.

—Bien; prudencia e inteligencia. Saul; procura hacerte simpático a los criados de la casa.

—¡Ah, descuide usted, niña Rosa; ya he convidado a beber al portero que es un borracho, y he dado al jefe un veguero que le ha sabido a ángeles.

—Basta y sobra. Toma, añadió dándole la carta que había escrito de manera que no pudiesen verlo aunque observasen desde detrás del tapiz de la puerta de entrada. Mañana al amanecer te levantas, obsequias a los criados, te separas de ellos, alquilas un caballo y te vas a llevarle esta carta al Alción.

Poco después Rosa dormía con el tranquilo sueño de un niño.

* * *

Al día siguiente, apenas vió Ginés a Rosa, se sintió acometido de un vértigo. Se le nublaron los ojos, quiso hablar, no pudo, se desmayó al fin, y volvió e sí delirando.

Esto comprobaba para el marqués lo que Rosa le había dicho.

Esto es, que sus hijos habían sido la causa de la ruina y de la inmensa desgracia de su familia, y el marqués declaró formalmente a Herminia que su conciencia le obligaba a reparar el daño que sus hijos habían hecho; que si ella quería vivir al lado de aquella desgraciada que tanto derecho tenía a que se la amparase, él no la arrojaría, prefiriendo, por doloroso que le fuese, una separación de su hija.

Herminia comprendió que Rosa se había apoderado del alma de su padre, vió el peligro, y se preparó a combatirle cediendo.

Afirmó a su padre que ella participaba de sus ideas, que debía acogerse en la familia a Rosa, puesto que sus desgracias provenían de faltas, de locuras de sus hermanos, que Rosa la era muy simpática, y que la consideraba como hermana suya.

Herminia había escuchado con sumo interés aquel relato, se había conmovido durante él algunas veces, porque la criolla tenía un gran poder de persuasión y sabía excitar el sentimiento.

Ambos jóvenes estaban siempre juntas, iban juntas al teatro, juntas al paseo juntas a la iglesia; acompañaban durante las veladas al marqués, y si se separaban alguna vez, era porque Herminia tenía que ir a atender a su doliente hermano a Zamarramala.

Saul había llevado la carta de Rosa al valle de la Tejadilla, al cual le guió un labriego. Al llegar a él despidió a éste, pagándole, y se internó solo, esperando a que el Alción se le presentase.

Esta leyó la carta y después de meditar un momento escribió:

«Amor mío: Espero que tu gran hermosura y tu gran ingenio acabarán de hacer completamente tuyo a ese viejo marqués. Paciencia, mucha paciencia, Rosa; no te precipites, no des un solo paso en vago; recuerda los terribles compromisos en que nos hemos visto por tu carácter violento: es necesario llegar al fin a una posición definitiva e independiente. Creo, como tú me dices, que sólo nos queda un año de zozobras y de cuidados. La inmensa fortuna de ese hombre puede ser nuestra, y después podemos retirarnos a los Estados Unidos a ser completamente felices. Cuenta conmigo para todo. Es posible que Melchor quiera comprometernos para robarnos. Yo estoy ya prevenido, y prepararé los medios para evitar que nos comprometa. Entre tanto mira si puedes darme algún dinero para que yo se lo envíe: así detendremos el golpe, porque de lo que me ha escrito deduzco que está decidido a darnos un golpe de gracia; pero no sabe hasta qué punto es difícil pretender burlarse de mí. Adiós. Siempre tuyo, Gabriel.»

Rosa quemó esta carta.

Algunos días después envió a Saul con diez mil reales al valle de la Tejadilla.

En cuanto Gabriel recibió este dinero se puso un traje exactamente igual al de los gitanos, se metió en el bolsillo un pasaporte fechado en Valladolid, en el que aparecía con el nombre de Guico y el oficio de chalán, se fué a Segovia, y metiéndose en la primera tienda de comercio que encontró, preguntó dónde do-

dría imponer diez mil reales para que fuesen cobrados en Santa Cruz de Mudela.

La persona a quien preguntó le dijo de quién podría valerse.

Aquel mismo día salió por el correo una carta que contenía una letra de diez mil reales dirigida a Melchor el Niño, carretero en Santa Cruz de Mudela, calle Real.

—¿No te lo decía yo? Es mucha persona doña Rosa. ¡Si no tenemos ninguna necesidad de estar recibiendo diez miserables duros al mes por la crianza del niño! ¡Si doña Rosa debe estar muy comprometida cuando tanto oculta esa criatura! Deja, deja, ahora nos envían diez mil reales; como no sigan enviándonos más, ya haré yo que nos tengan que darlo bastante para que nos quitemos de trabajos, porque este aperreo no es para sufrirlo sino cuando no se tiene otro remedio.

—Ya ves tú, con diez mil reales podemos hacer mucho.

—Mucho más podremos hacer con cien mil y con doscientos mil; y en fin, si podemos ponernos ricos, ¿por qué no hemos de hacerlo? Todo será como vengan las cosas.

—Bien, hombre; pero me parece que si es verdad aquel refrán [que dice] [que la codicia rompe el saco...

—Déjame tú a mí, que sé lo que me hago; y vamos a ver lo que me dice el que me envía este dinero. Pues... como siempre, sin firma; aquí no hay más que un garabato y la letra está disimulada. Vaya, se conoce [que] [esto] está [hecho] con mucho trabajo para que no se conozca la letra.

De modo que los que hayan tenido lástima de estos dos seres al verlos muertos por el crimen en la Fuencisla, aparte de que debe compadecerse siempre a la víctima de la ferocidad humana, habrán sufrido un desengaño. Eran dos miserables, dos explotadores, dos hambrientos de oro que no se avenían con su fortuna, que envidiaban a los ricos y querían ser ricos como ellos.

El Alción creyó que con los diez mil reales que [había] enviado a Melchor, y con la esperanza de que en adelante se le diese más, estaría satisfecho.

Pero la avaricia, que no es otra cosa que una implacable hambre de dinero, no se satisface nunca.

Melchor creyó que tenía perfectamente asidos a doña Rosa y a don Gabriel, y que podía hacer de ellos lo que le placiese.

Así pues, aún no transcurridos veinte días desde el recibo de los diez mil reales, escribió al Alción con sobre al posadero del Aguila en Segovia:

«Señor don Gabriel: Estoy muy agradecido a lo que usted ha hecho por nosotros. Los diez mil reales que usted me envió nos han sacado de un grande ahogo, pero nos quedan ahogos más grandes, porque los tiempos han estado muy malos y yo me he perdido.

Daríame mi sangre por usted si ve enviase usted veinte mil reales, con lo cual podría yo salir de todos mis atolladeros.

El niño sigue muy bien y está muy hermoso.

Muchas expresiones mías y de mi mujer, y muchas gracias a doña Rosa, y usted mande a este su criado, que no desea otra cosa más que servirle, Melchor el Niño.»

Melchor recibió una agria carta del Alción, en contestación a aquella en que le había pedido mil duros, cerrándole toda esperanza y diciéndole que bastante tenía con los diez mil reales que se le habían dado y con los doscientos que se le daban al mes por la crianza del niño, y que si esto no le convenía ya se encontraría persona a quien le conviniese.

Melchor se decidió, y una mañana se fué a ver al alcalde, le pidió pasaporte para trasladar su domicilio a Segovia, le obtuvo, cargó en un carro su menaje, se metió en la faja unos treinta mil reales que poseía en onzas de oro, colgó del carro una escopeta, y con tres mulas, su mujer y el niño se puso en camino.

No tardó el aguacil del pueblo en ir al mesón y decir a los gitanos que estaban allí desde hacía ocho días ajustando muchas mulas y comprando muy pocas:

—El Niño va ya andando hacia Segovia donde se va a vivir

A la tarde siguiente salieron de Segovia el tío Bolo, su hermano el Párcal y sus dos hijos Lechuzo y Angelito, con la Renjifa, mujer del tío Bolo, sus sobrinas la Flauta y la Pita, y Aurora.

Al obscurecer llegaron a la posada de Zamarramaia, dejaron allí a las mujeres y se salieron, dando un rodeo, y yendo a apostarse entre la maleza al pie del peñón de la Fuencisla.

Poco antes de las ánimas se oyeron los campanillos de un carro.

Avanzó el ruido, y al llegar frente a la ermita salieron de improviso los gitanos y acometieron a Melchor, que se defendió inútilmente. A los primeros disparos fué muerto, y mortalmente herida su mujer.

Había acudido el santero, y Angelito había cargado con él, le había metido en la ermita y le había atado.

Entre tanto, los otros habían despojado al carretero, quitándole los treinta mil reales que llevaba y el pasaporte.

El tío Bolo había arrancado la tablilla del carro en que constaba su procedencia, se había ido al cercano Eresma y la había arrojado a la corriente.

Cuando volvía para apoderarse del niño, le sobrecogió un ruido espantoso.

Al mismo tiempo, el farolillo que alumbraba el Cristo pendiente de la cruz dilató su llama de una manera sombría y se apagó.

Parecióle a los gitanos que de la ermita salía un fulgor siniestro.

Sintieron un pavor frío, y olvidándose del niño, principal encargo que llevaban, apretaron a los caballos.

A Alción y a Rosa les había salido mal su proyecto.

Su hijo perdido estaba en poder de aquella aborrecida Herminia, que era el grande obstáculo para sus proyectos de engrandecimiento.



El pobre don Ginés, apenas volvió de la iglesia, cayó gravemente afectado en el lecho a causa de las violentas sensaciones que en tan pocas horas había sufrido.

Herminia fué avisada, tanto por el inmediato parentesco que la unía con el enfermo, como para que ella fuera la que le preparase a recibir el Viatrico, esto es, para que le notificase su sentencia de muerte.

Herminia se sobresaltó.

Estaba en compañía de Aurora, de su hermano Juan y de Monteverde, en su gabinete.

Aurora se había transformado.

La habían venido bien las ropas de Herminia y había desaparecido completamente la gitana con el traje, que era lo único que de gitana había tenido Aurora.

Era una ilusión, bien que Herminia fuese otra ilusión, por la delicadeza de su belleza, por su espiritualismo, por aquel no sé qué indefinible que de ella se desprendía.

Pero Aurora era más brillante, más mórbida.

—¿Y vas a ir sobre la nieve, Herminia?, exclamó Juan?

—¿Acaso no vine anoche? No nos detengamos un momento. ¡Quién sabe! ¿Quién sabe lo que sucede ahora casa de mi hermano!

A poco de haber salido Herminia y los otros de su gabinete, entró en él, recatándose, como entra un ladrón, Saul.

En él, sobre una hermosa mesa de noche, había un servicio de agua.

—O vuelve o no vuelve, dijo Saul; si vuelve beberá o no beberá, podrán cambiar este agua o no. Y bien, ¿qué importa? Por si acaso.

Y destapando la botella vertió dentro el contenido de un frasquito de cristal azul obscuro que sacó de un bolsillo interior de su levita.

Don Ginés se encontraba en una postración alarmante.

—¡Oh! ¿Qué es ésto, hermano?, dijo con naturalidad y dominando su cuidado Herminia. ¿Otra vez? Este accidente dura más que otros.

—Este accidente es la muerte Herminia, contestó con voz ahogada don Gi-

nés. Esto se acaba; mi organismo, combatido desde nace tanto tiempo, se descompone; me mata el remordimiento, el hambre no satisfecha de la paz del alma.

—¡Oh! ¡morir, morir!, exclamó Herminia sobreponiéndose a lo grave de la situación y con acento ligero: ¿quién piensa en morir, hermano? No te creía tan aprensivo; otras veces...

—Estoy tranquilo, hermana, acerca del juicio de Dios, ante el cual apareceré en breve. Déjame, déjame con don Lucas.

—Desgraciadamente es cierta la gravísima situación de mi hermano, exclamó tristemente Herminia al salir.

—¡Cómo!, preguntó con ansiedad Juan. ¿Se muere?

—Sí, hermano, sí.

—¿Y no ha hecho testamento?

Se le crisparon los nervios a Herminia al ver que de lo primero que se ocupaba Juan, al saber que la muerte de Ginés era inevitable, hubiese sido de si había hecho o no testamento.

—¿Y de qué ha de hacer testamento Ginés?, contestó abatida Herminia. ¿Qué posee? Su sotana y su manteo. De seguro no habrá en la casa más dinero que el suficiente para el pequeño gasto diario: el dinero pasa con suma rapidez de las manos de Ginés a las de los pobres.

—Sí, pero esta casa que se ha reservado, los muebles y los cuadros que en ella hay, y sobre todo la magnífica vajilla de nuestro abuelo el obispo de Arequipa... contestó Juan.

—Sí, sí, es cierto, contestó Herminia; no me acordaba de esto, tienes razón. Esta casa, con todo lo que contiene, pertenece a nuestro hermano, y es necesario que haga testamento.

—Sí, es necesario que Ginés reconozca a Aurora; es su hija, no tengo duda de ello, no la puedo tener, ni tú tampoco, Herminia. En la forma es el vivo retrato de Ginés cuando era joven, el retrato de Ginés embellecido hasta lo infinito; en la expresión, en la belleza, se parece a su madre, a quien recuerdo como si la estuviese viendo, a la pobre Carmen. No pueden desatenderse estas cosas, Herminia. Es necesario que Aurora tenga un tutor, un tutor elegido por su padre. Tú no puedes ser ese tutor, Herminia. En primer lugar, no eres mayor de edad; después es necesario que cuides de nuestro padre, ahora más que nunca, porque tiene al lado una mujer terrible de que espero libertarte, Herminia. Y no pudiendo tú tener la tutela de Aurora, ¿quién otro que yo?

Pasó algo frío por el alma de Herminia, recordó que por una cláusula de la fundación del mayorazgo y la fundación del título de Castoreal, estos debían pasar a los hijos naturales del poseedor, considerándoles como de mejor derecho que los parientes laterales.

Amargóla esto por la intención que veía en su hermano; pero esto mismo la decidió a que se efectuase el reconocimiento.

Otra cosa hubiera sido pretender usurpar a Aurora su derecho, y Herminia era incapaz de esto.

—Acaso tengas razón, dijo Herminia saliendo precipitadamente del despacho y pasando al cuarto de su hermano.

Llegó a la puerta de cristales del dormitorio, que permanecía cerrada y llamó a ella con los dedos.

—Gravísimo debe ser lo que sucede, dijo don Ginés a don Lucas, cuando se atreven a turbar mi confesión.

—Sí, sí, don Ginés, dijo don Lucas: voy a ver.

—Hermano, dijo, perdóname; pero en efecto es grave tu situación y existe una persona hábil allegada a ti, a quien no conoces, que está en la casa, y a quien es necesario que reconozcas.

—¡Mi hija! exclamó incorporándose violentamente a pesar de su debilidad don Ginés; yo tenía una hija. ¿Esa hija existe? ¡Ha aparecido?

—Aquí, en poder de unos gitanos.

—¡Oh, Dios mío! exclamó don Ginés. ¿Dónde está? Quiero verla, no quiero morir sin verla.

La situación era difícil, terrible: una de esas situaciones excepcionales. Herminia se detuvo irresoluta a la puerta de la alcoba con Aurora. Don Ginés se incorporó aún más, y avanzó el cuerpo hacia las dos jóvenes.

—¡Ah! ¡no veo! ¡no veo! exclamó.

Herminia se desasió, soltó la mano de Aurora, se fué a una mesa, tomó un andelabro con tres bujías que había en ella y entró.

La luz de las tres bujías iluminó de lleno el acanalado de Aurora, que estaba sobrecogida, pálida, temblando.

Don Ginés fijó una mirada hambrianta.

—¡Ah! ¡sí!, exclamó extendiendo los brazos hacia Aurora. ¡Es ella! ¡La reconozco! ¡Me parece estar viendo la sombra de Carmen! ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Aurora se levantó, se arrodilló, asió las manos de su padre y las besó llorando.

Don Ginés abrazó la cabeza de su hija y la besó en la frente.

Por algún tiempo no se oyeron más que sollozos.

—¡Oh! ¡cuánto, cuánto he pensado en tí, exclamó don Ginés, y ¡cuánto he llorado, cuánto he hecho por encontrarte inútilmente!

Herminia levantó a Aurora y la sentó en el sillón situado junto al lecho, en el cual había estado sentado poco antes don Lucas.

—Sí, sí, exclamó don Ginés; que venga al instante el escribano. En cuanto a testigos, aquí hay los suficientes. Entre tanto que el escribano viene, continuaré mi confesión, es necesario no fiar en este aliento de vida que Dios me ha enviado al mandarme una alegría inmensa. Me siento otra vez muy débil.

Don Ginés reconocía por hija natural suya, anterior a la fecha en que se había ordenado, a doña Aurora de Fonseca, habida en doña Carmen Alvarez.

De improviso se fijó la mirada febril, delirante, de don Ginés, abarcó a su hija la asió con las manos heladas sus dos manos y le dijo:

—Contempla lo que por mí pasa, Aurora; estos son los resultados de la impremeditación y de la locura, del olvido de todos los deberes que nos impone Dios y la sociedad. Acuérdate de la miserable muerte de tu padre, y no abandones jamás el camino de la virtud y del honor en que te ha puesto tu tía Herminia.

Y la voz de don Ginés se fué apagando lentamente, y al fin, haciendo un esfuerzo y pretendiendo abrazar a su hija, cayó desplomado.

**

A Herminia fué necesario trasladarla a la quinta.

Entró en la alcoba, se dirigió a la mesa de noche, tomó la botella, llenó una de las copas de cristal.

Luego tomó la copa y la llevó a sus labios. Pero en aquel momento la copa cayó de sus manos y ella de espaldas. La Providencia se había valido de la congestión.

Lo que Saul había vertido en la botella era extracto de morfina.

Un momento más que hubiera permitido beber a Herminia, y no hubiera vuelto a levantarse.

Pero se levantó loca.

Se levantó fuerte, ágil, como si ningún accidente hubiera pasado por ella.

Herminia salió al gabinete, se arrojó sobre los muebles, rompió los espejos, las porcelanas, gritó, pero con unos gritos horribles, unos gritos desgarradores, se rompió el traje, siguió adelante arrojando cuantos muebles encontraba al paso produjo al fin tal estruendo que acudieron los criados: Damián, Cecilia y Saul, que creyó oportuno acudir.

—¡Oh! ¡La señorita!, exclamó Damián. ¡La señorita está loca.

Y pugnando por sujetarla, la metieron en su alcoba.

Al llegar a la mesa de noche, Saul, como si por un esfuerzo, un movimiento violento hubiese tropezado con la botella, la vertió.

Cuando Damián y Cecilia lograron poner en el lecho a Herminia, Saul se inclinó y recogió los fragmentos de la botella y de la copa.

—¿Qué haces tú, tizne, que no nos ayudas? ¿No ves que no la podemos contener?

—Estoy recogiendo estos pedazos de cristal rotos, contestó naturalmente Saul; un pedazo de cristal corta el calzado y la carne.

—Tienes razón, dijo Damián; abre el balcón y tíralos al jardín.

Saul abrió el balcón, pero no tiró al jardín los fragmentos; los guardó en el bolsillo de su levita roja.

Saul evitaba se encontrasen fragmentos de cristal roto al pie del balcón de su dormitorio donde, estando sola, se había vuelto loca una persona.

Un pedazo de cristal roto puede convertirse en una argolla de hierro a causa de la curiosidad minuciosa de un juez.

El negro salió. En la puerta encontró a Juan.

—¿Qué le sucede a la señorita? exclamó vivamente alarmado Juan.

—Lo que le sucede a la señorita, exclamó Saul tomando rápidamente distancia, recogiendo el caballo y montando en él, todo a un tiempo, es que se ha vuelto loca.

—¡Miserable! exclamó Juan: tú lo has hecho.

—Yo no sé hacer locos, sino muertos, y la señorita no ha muerto. Ha avisado a usted como debía, y me marcho ahora mismo a llevar la noticia de estas dos desgracias al señor marqués.

Y Saul lanzó su caballo al galope y desapareció muy pronto, perdiéndose en la cercana plaza.

Juan se quedó inmóvil y algunos pasos de distancia de la puerta sobre la nieve.

—¡Loca! ¡loca! exclamó: ¡loca antes de haber podido decir a su administrador me entregase dos millones al año... antes de que montase mi casa.... En tin, bien, bueno; claro es que Herminia se ha vuelto loca, y es necesario ir allá, llevarnos al médico, al sangrador... tal vez sea un accidente pasajero. Me importa que Herminia recobre la razón. Allí habrá dinero también. Vamos allá, pero solo, solo.

Llegó al gabinete de su hermana, se llenó todos los bolsillos de su traje y de su abrigo de estuches, se metió bajo el brazo el millón de billetes, tomó uno de los sportillos llenos de oro y se trasladó al cuarto en que había sido aposentada en la quinta.

Al día siguiente se celebraron con toda la pompa que se podía en el pueblo los funerales de su cura párroco.

Todo el pueblo asistió a este entierro, cabizbajo y triste.

En casa del cura se abrió el testamento de don Ginés.

Rosa, que acompañaba al marqués, al entrar en el saloncito que en aquella casa tenía Herminia, se sobrecogió.

Juan estaba de pie, teniendo de la mano a Aurora, delante de la chimenea.

La criolla dió un grito al ver a Juan, que se le escapó del pecho de una manera involuntaria en el primer momento de sorpresa.

Le había reconocido y había temblado; pero la terrible criolla se había repuesto, y cuando el marqués la preguntó que le acontecía, respondió:

—Nada: el luto de esos señores me ha lastimado, porque ese luto es por el excelente hijo que usted, mi querido marqués, acaba de perder.

—¡Ah, vitora! murmuró para sí Juan.

—¿Y qué señorita es esa, dijo el marqués, que viste luto por la muerte de mi hijo?

—Yo, señor, contestó la joven, era ayer una desdichada: ayer acompañaba a unos gitanos que me han criado; después... después, por una sucesión de circunstancias se ha descubierto que aquellos gitanos me habían robado, siendo niña, a

mi madre, que mi madre se llamaba Carmen Alvarez y mi padre don Ginés de Fonseca.

Rosa estaba ya preparada, y por grande que fuese la impresión que le causó la manifestación de Aurora, tuvo fuerzas bastantes para permanecer impasible.

—Lo que esta señorita ha dicho, dijo el escribano entrando en cuestión, es ciertísimo. Voy a leer a vucencia, señor marqués, abuelo de la señorita doña Aurora de Fonseca, el reconocimiento hecho por don Ginés, como de hija suya, de esta señorita.

Y desvainando un papel doblado a lo largo por la mitad y calándose unas gafas, leyó el reconocimiento que la noche anterior había hecho de Aurora don Ginés.

El marqués se conmovió profundamente aún antes de que acabase de leer el testimonio el escribano, y se fué acercando insensiblemente, no sin profundo recelo de Rosa, a Aurora.

—Sí, sí, dijo; yo te reconozco también, tú eres mi sangre, tú te pareces a mi pobre hijo Ginés cuando tenía tu edad: sí, su misma cabeza rubia, sus mismos ojos negros, todo, todo, hija mía: yo te reconozco, yo te llamo a mi familia, tú vivirás conmigo.

—Poco a poco, exclamó Juan adelantando impasible hacia su padre. Yo he sido legalmente nombrado tutor de esta señorita por su padre, y no renuncio a los derechos que me da ese nombramiento.

—Pero usted ¿quién es? exclamó el marqués mirando profundamente a Juan.

—Yo soy Ernesto de Krakoff, barón de Krakoff, ruso, natural de Moscou, señor de diez mil almas, y ciudadano español por mi larga permanencia en España.

—Permitame usted, sin embargo, dijo el marqués, que yo señale una renta conveniente a mi nieta, y que, como abuelo, adjunte a usted alguna señora respetable que le ayude a su tutela cuidando de mi nieta.

—Eso será asunto mío, señor marqués.

—Pero a lo menos vivirán ustedes en Segovia.

—¡Quién sabe, quién sabe dónde viviremos, señor marqués! exclamó Juan. Tal vez vivamos en este pueblo, tal vez en Madrid, tal vez en el extranjero.

—Como usted guste, respondió apenado el viejo y enfermo marqués.

El testamento se abrió.

En él instituyó don Ginés en heredera universal a su hija doña Aurora de Fonseca, expresando lo que debía heredar, esto es, la casa en que se encontraba con todos sus muebles y efectos, pinturas, alfombras, tapices.

Reservaba a su hija todos los derechos que pudieran asistirle y ser trasladados a ella; invalidaba todo lo que hubiese hecho en perjuicio de su hija, ignorando su existencia.

Leído el testamento, Aurora fué puesta en posesión de su herencia; formalidad que se llenó muy a despecho de la joven.

Y Juan miraba de reojo a Rosa, que le miraba de una manera intensa y con una conmoción marcada.

Quedó encargada la pobre Genoveva de la casa de su difunto amo, de aquella casa que había quedado solitaria, silenciosa, vacía.

Han pasado seis años. Estamos en el retiro. Rosa la criolla, tan bella, tan elegante, pasea acompañada de don Ramón Martínez del Campo, marqués de Casasnuevas, sobrino carnal del marqués de Castoreal, con el que cinco años antes se había casado Rosa.

—Te has estremecido, te has detenido: ¿qué es eso?

—¡Aquel niño! exclamó Rosa, que tenía posada una mirada intensa, terrible en el pobrecillo que estaba asido aún a la balaustrada del estante, mirando con la ansiedad de la miseria, con una dolorosa ansiedad a los niños ricos.

—Y ese niño...

—Nada, nada, Ramón; me conmueve tanta miseria en tan corta edad.

Y Rosa temblaba de los pies a la cabeza.

De improviso se lanzó sobre el niño pobre; pero antes de que llegase se cruzó la pobre mujer que estaba sentada al pie de la estatua, que al ver a la criolla mirando al niño se estremeció, se lanzó sobre él en el mismo punto en que iba a asirle Rosa, y exclamó:

—No, no, es el hijo de mi corazón, el hijo que me entregó la señorita Herminia. ¡Ah! la señorita Herminia loca, mi marido perdido y muerto, el hijo de mis entrañas muerto también... no señora, no me quitará usted este.

Y huyó, lanzándose con el niño en brazos y a la carrera, a lo largo de la avenida de las estatuas.

Pasó una rápida expresión de ansiedad, de despecho, por el semblante de Rosa, que se volvió y lanzó una mirada profunda a un hombre que se vela a los lejos y que proventa del mismo lugar por donde habían aparecido ella y don Ramón.

El que parecía haberse puesto en su seguimiento dió dos pasos de flanco, entró en la estrecha calle lateral que corre por aquel lado entre altos arrayanes a lo largo de las estatuas, y dió a correr.

—Aquí hay algo, Rosa, aquí hay algo, dijo don Ramón, porque tú estás más pálida que de costumbre, y el interés que ha excitado en tí esa criatura...

—¡Ah! la que es madre tiene algo de amor para los pequeñuelos, dijo Rosa con una hechicera indolencia de acento; y me ha conmovido tanto la situación de esa pobre criatura tan hermosa...

—No, no, mi queridísima tía; ya sabes tú que a mí no se me da nada por nada, que para todo tengo el corazón de estuco. Conque sé franca, Rosa, sé franca.

—¿Y sobre qué?

—Esa mujer te conoce, Rosa, esa mujer te ha hablado de mi prima Herminia. —Una coincidencia, una casualidad, alguna otra Herminia. No seas fastidioso,

Ramón.

—Me callo, me callo, mujer: antes que enojarte prefiero romperme una pierna. Y ya propósito de Herminia: voy a darte una mala noticia, Rosa.

—Qué, ¿ha muerto?

—Esa sería para tí una gran noticia, mujer.

—¡Oh! estás insufrible, insoportable.

—Claro, yo soy muy claro; la muerte de Herminia es para tí de todo punto necesaria. Si no muere Herminia no puede heredar tu marido el marquesado de Castoreal: tu marido es un segundón que nada tiene; le casaron con la pobre marquesa por colocarle bien. De modo que con lo que puedes contar es con lo que hayas adquirido en los cinco años que llevas de matrimonio.

—Repito que estás insufrible.

—Una regular fortuna, dijo el incorregible Ramón. Porque vamos, a pesar del pleito que tienes con el tutor de mi sobrina Aurora, la hija de mi primo el cura, como tu marido tiene la posesión y has recibido toda la renta de seis millones bien puedes haber ahorrado cinco. Cinco por cinco veintidós, una bonita renta; pero vuela el título, porque no te puedes llamar ni siquiera viuda de Castoreal, porque tu marido es marqués viudo. Nada, nada, Herminia se pone buena muy pronto, según los indicios, y recobra el título: tu marido se muere muy pronto. Supongamos que no se ha puesto buena Herminia, muerto tu marido, como ella está loca, la nombrarán un curador *ad litem*. Ya ves tú si es para tí una desgracia que no se muera Herminia antes de que muera tu marido.

—No vuelvo a salir contigo, Ramón; vas hablando a veces por la calle cosas demasiado graves. Esos que han pasado se han quedado mirando.

La pobre mujer en quien nuestros lectores habrán reconocido ya a Rosa la posadera de Zamarramala, bajó cuanto de prisa podía la cuesta del Retiro hacia el Prado.

—¿Por qué me llevas en brazos, madre, la decía el niño, si no puedes con-

niar?

—Calla, hijo mío, calla, le decía temblando la pobre Rosa; nos escapamos: aquella señora es muy mala, muy mala; te quería comer.

—No, madre, que me miraba mucho y yo creía que iba a darme algo: tengo nombre, madre mía. ¡Y aquellos niños echaban el pan a aquellos animalitos! ¿Has visto qué niños de tan mal corazón?

—Señor Simón, ¡dijo el zapatero, que estaba remendando una bota vieja! ¿ha venido ya el padre Clemente?

—Sí, señora Rosa, sí. ¿Y qué tal ha ido? Habrá usted recogido mucho, porque el niño es muy hermoso.

—¡Ay! Dios me perdone, señor Simón, dijo Rosa; pero no me he atrevido a pedir, me ha dado vergüenza; y luego, que un guardia civil caritativo que vió que yo hice un movimiento hacia una señora, me llamó y me dijo:—Usted no ha pedido nunca, ¿no es verdad?—No señor, le contesté yo: yo era sastra del Corte: pero ahora no hay ni contratas ni uniformes ni siquiera sábanas, y mi pobre niño y yo nos morimos de hambre. ¿Qué hemos de hacer más que pedir?

—Dios se echa muchas veces a dormir la siesta, señora Rosa, contestó el tío Simón, y las siestas de Dios para algunos pobres son muy largas; tan largas, que muchas veces el pobre se muere antes de que despierte el señor.

Entre tanto, un hombre había pasado y repasado varias veces por delante del portal del zapatero.

Este hombre era el mismo que a una indicación de Rosa la criolla había seguido desde el Retiro a Rosa la infeliz.

Tenia este hombre algo de terrible, algo que imponía miedo. No era aventurado suponer que bajo el paletot llevase un revólver o un puñal, o tal vez las dos armas.

Vaciló algunos minutos antes de entrar en el portal.

—¿Adónde se va, caballero? dijo el tío Simón lleno de curiosidad. Y no extrañe usted la pregunta, porque yo, aunque no parezco portero, ¡soy yo y me gusta servir a todo el mundo. ¿Usted gusta?

—Muchas gracias, dijo el Alción, que él era: yo no iba a pasar; cabalmente me había propuesto preguntar a usted.

—Pues pregunte usted cuanto quiera, caballero.

Alción no disimuló un gesto de alegría. Tenía un auxiliar en el portero.

**

Para Rosa era ya muy tarde. Todas las noches, o mejor dicho, todas las tardes, en cuanto oscurecía, por no gastar en luz se acostaba con su niño.

El niño dormía al suave calor de Rosa; pero la pobre Rosa, desvelada por sus penas, oía las altas horas de la noche que la enviaba el reloj de la Trinidad y la medrosa voz de los serenos que repetían estas horas.

Lloraba a su marido y a su hijo muertos, sentía el horrible vacío de la soledad y se estremecía por la salud, por la vida de aquel niño, que guardaba lealmente a la marquesa de Castoreal, por si alguna vez recobraba la razón.

Por eso, aunque había pasado ya la hora en que comunmente se recogía Rosa, no tenía sueño; pero estaba a oscuras. Cuando sintió al padre Clemente encendió lo que había quedado de la vela de sebo que sirvió para la cena.

—¡Oh, hija mía, hija mía! dijo el padre Clemente. Gracias a Dios que podemos hablar. ¿Qué era lo que tenías que decirme?

—Siéntese usted, padre Clemente, siéntese usted, dijo Rosa. Lo que tengo que decir a usted es muy grave, y me pesa de no habérselo dicho hasta ahora. Ese niño, mi Estéban, no es hijo mío.

—¡Oh!, exclamó severamente el eclesiástico. ¿De quién es ese niño?

Rosa se acercó, se sentó en una sillita baja a los pies del eclesiástico y desenvolviendo un objeto lo entregó a don Clemente.

Era un medallón de oro guarnecido de brillantes, a manera de relicario.

Apareció entonces el magnífico retrato de Rosa la criolla, inestimable miniatura en marfil en cuya ejecución se revelaba todo un artista.

En la parte inferior, cerca del marco, se leía en letra muy pequeña y casi confundida por su color con el del traje de la retratada: *Ferranf.*

— ¡Oh! pues si esta es la madre del niño, no se le parece. Esteban es rubio, muy rubio, blanco, transparente, y esta señora es pelinégta, blanca como el nácar, con los ojos negros. Estéban los tiene azules.

— ¡Y qué importa eso, padre Clemente? Muchas veces los niños no se parecen a los padres, sino a los abuelos, y a veces a los bisabuelos o a los tíos.

— Es verdad, Rosa, es verdad; pero esta mujer me hace daño, parece un arcángel malo, tiene la hermosura de Satanás.

— Esa es la mujer más hermosa que yo he visto en toda mi vida, y no la he visto hasta esta tarde; la conocí y me dió miedo, se abalanzó hacia mi niño cuando le miraba espantada; pero cuando yo agarré a la criatura y fue volví para defenderla, aquella señora se sonrió, mudó completamente y se convirtió en un ángel. Pero ¿sabe usted, padre Clemente, que aquella señora iba con el marqués de Casasnuevas, con el primo de la señorita Herminia?

— ¡Cómo! ¡cómo, mujer! Esto es grave. Tú dices que vas a casa del marqués de Casasnuevas a informarte de cómo está la señora marquesa de Castorreal...

— Sí, señor, sí; y por eso conozco al señor marqués de Casasnuevas, porque un día que yo estaba preguntando al señor Anselmo el portero, bajó un caballero por las escaleras y se metió en un carruaje que estaba a la puerta de la casa. ¿Es ese el amo?, pregunté al señor Anselmo—. Sí, me contestó; el amo.

Rosa tomó el medallón, cerró la tapa que cubría el retrato de la criolla y abrió la otra.

Apareció debajo de un cristal un rizo de cabellos rubios y una inscripción que decía: *Se llama Estéban.*

Rosa contó al cura la historia que conocemos y añadió: Nos vimos tan sin dinero como el día en que, soltera yo, iba a salir de Zamarrámal para buscar a la señora marquesa de Castorreal con una carta de recomendación de su hermano el señor cura. Pero mucho más desesperados: Nos habíamos aumentado con dos niños. Acudimos al marqués, pero nos encontramos con un señor que, si no estaba loco, lo parecía.

— ¡Ay, don Clemente! En aquel momento se abrió una puerta y apareció una mujer; digo mal, una señora tan hermosa que me deslumbró.

Padre Clemente, era la misma del retrato que usted ha visto.

— ¿Conque ese niño te lo ha dado la marquesa de Castorreal? me dijo.

— ¿Quién ha dicho aquí, dijo Cristóbal, que la señora marquesa de Castorreal nos ha entregado una criatura? Eso no es verdad. Estas dos criaturas nos las ha entregado Dios, porque son nuestros hijos.

— Pedíme cuanto queráis, exclamó la señora.

— Nosotros no hemos venido a pedir dinero, dijo Cristóbal. Vámonos, Rosa, vámonos; el señor marqués está enfermo, ¿me entiendes? y con esta señora nada tenemos que hacer nosotros. Para servir a usted, señora; que usted lo pase bien.

— Esperad... tomad... dijo aquella señora sacando un bolsillo y ofreciéndolo a Cristóbal.

— Yo no tomo dinero que no he ganado; contestó mi marido: muchas gracias, señora; que usted lo pase bien.

Y me asió de un brazo y tiró de mí y me sacó de allí y de la casa y me llevó a la posada donde habían parado los arrieros con los cuales habíamos venido.

Quisimos volver a nuestra casa pero la desgracia nos perseguía y en el camino nos acometieron ladrones, hicieron parar la diligencia y echar pie a tierra a los pasajeros, y como Cristóbal, que tenía mal genio, les dijese algunas palabras duras, uno de aquellos infames se quitó una pistola del cintó y mató a mi Cristóbal de un tiro en la cabeza.

Era desgracia nuestra, padre Clemente, porque hacía mucho tiempo que los ladrones no salían a la diligencia, y parecía que no los había en el mundo. Nos quitaron lo que llevábamos hasta la ropa sin dejarnos siquiera para comer du-

rante lo que quedaba de camino; pero el mayoral de la diligencia acudió a esta necesidad, y nos trajo manteniéndonos hasta Madrid.

Busqué trabajo, y me lo dieron en lo contrata del vestuario del ejército que se llama el Corte.

Ganaba dos reales y medio, padre: la mitad de esto se me iba en el alquiler de la casa, y con la otra mitad comíamos Esteban y yo. Así continuó esto, hasta que ya no tuve trabajo en el Corte, y me vi sin recursos, porque en Madrid parece que todo el que sabe trabajar puede ganarse la vida, y esto no es verdad; para esto es necesario tener conocimientos.

Entonces fué cuando conocí a usted, cuando usted, compadecido de mí, me trajo a esta casa. A usted debo el que mi niño y yo no hayamos muerto de hambre, a usted, que es un hombre justo y caritativo, a usted, que se ha convertido en nuestro padre.

—Vengamos a lo que debe ser grave cuando a tí te preocupa, ¿y qué te sucede de nuevo ahora?

—¡Ay, padre!, exclamó Rosa; es que esta tarde he ido a pasear mi niño al Retiro, porque aquí se nos echaba la casa encima, y ha de saber usted que me encontré con la señora marquesa de Castorreal.

—¡Ah! ¿La madre de Esteban?

—Sí, sí señor, la madre de Esteban. No sabe usted, yo creí que me quitaba mi niño. Di a correr, padre, di a correr con mi niño en brazos, al que defendí como una leona, y me vine a casa temblando de miedo. Temo que me hayan seguido, padre, que sepan dónde vivo. ¡Y qué hacer, Dios mío, qué hacer! Ese tío Simón es un pícaro; estas puertas muy endeables. Si se entiene con el tío Simón y una noche entran aquí...

—¡Bah, bah!, dijo el padre Clemente. ¿Y es eso todo? Pues tranquilízate, Rosa, que por esta noche no han de quitarte tu hijo, y mañana por la mañana yo te llevaré donde estés más segura y donde puedas ganar algo.

Amaneció Dios, como vulgarmente se dice, y a la primera luz del alba que entró por el tragaluz de la buhardilla, a pesar de que había dormido muy poco, el padre Clemente se levantó.

Se vistió, rezó sus horas matutinas, se puso su manto y su sombrero y salió diciendo:}

—Vamos a buscar nuestro pan de cada día.

El padre Clemente iba tranquilo porque había dejado un duro a Rosa, y con aquel duro había para el viturratio de tres días; como que este era muy sencillo: unas sopas con un huevo para cada uno a las nueve del día, un cocido con mucho garbanzo y mucha patata y media libra de carne y un poco de tocino para las dos de la tarde, y un guiso de patatas u otra vez sopas con huevos, o sin ellos si la bolsa estaba muy enjuta, a las ocho de la noche.

El padre Clemente se entró en San Sebastián y en la sacristía.

—*Gaudemus*, don Clemente, dijo el sacristán. Tenemos misa, a duro la limosna, para todos los sacerdotes que vengan, tanto por mañana como por tarde, por el alma de un difunto, y luego exequias de primera clase por ese propio difunto y oración fúnebre, porque el tal difunto era maestro de escuela, que se hizo rico desasnando pelones, y sus sobrinos dicen que bien merece un elogio fúnebre.

—¿Y quién hace ese elogio fúnebre?, dijo con algo de ansiedad el padre Clemente.

—¿Quién lo ha de hacer más que usted? ¿Pues quién más que usted es capaz de improvisar un sermón o un elogio? Tome usted una onza, don Clemente, y yo me quedaré con la limosna de la misa y la del entierro, y en paz.

—Pero sepamos, dijo: ¿cómo se llamaba el difunto, qué edad tenía, etc.?

—¡Ah! sí señor, sí, dijo el sacristán; aquí me dejaron un cartapacio los sobrinos del muerto en que está especificado todo lo que el muerto era y todo lo que

había hecho y el modo que tenía de enseñar a los muchachos y los personajes que aprendieron a leer en su escuela.

El padre Clemente salió de la iglesia por la parte de la calle de las Huertas, resuelto a irse hacia el Prado y estudiar allí aquellos apuntes. Pero hacía mucho frío.

Comprendió que era una imprudencia el irse en una mañana tan fría al Prado, y su mirada cayó por casualidad sobre la puerta de un café inmediato.

—Allí no hará frío, dijo; en mi casa... en mi casa voy a estorbar la limpieza, porque Rosa se habrá ya levantado. ¡Oh! así dentro pediré un vaso de agua con un azucarillo. De todos modos tengo que cambiar esta onza.

Se sentó, sacó el farrago que le había entregado el secretán, y se puso a entresacar de él la hoja seca de los servicios del domine difunto.

Cuando he aquí que se abrió la puerta y apareció el mozo con una bandeja en que había una gran taza llena de chocolate, una cestilla con bizcochos, un vaso grande lleno de agua, sobre él que se vela un azucarillo, y otro vaso pequeño, lleno de agua también, en que había una cucharilla de café.

—¿Qué es esto? dijo azorado el padre Clemente. Yo no he pedido nada.

—La señora me ha mandado sirva a usted esté chocolate.

—Vaya, pues diga usted a esa señora que se lo agradezco mucho, dijo el padre Clemente.

No tardó en aparecer la dueña.

—Padre, dijo, desearía que usted me oyese en confesión.

—No tengo inconveniente. Puede usted venir a la iglesia.

—Padre, yo tengo un marido que me hace infeliz.

Tomó un tinte severo el semblante del padre Clemente.

—Nunca la buena mujer debe acusar a su marido, dijo, aunque la sobren razones para ello; conservar debe la paz doméstica, siendo sumisa y obediente, y guardar el decoro del marido, por más que este la haga infeliz.

—No, no señor, padre Clemente; yo soy buena, yo cumplo con mi obligación, yo no le falto a mi marido, yo no derrocho, yo no malgasto, yo no tengo amigas.

—Pero yo quisiera que usted le predicara continuamente a mi marido; y mucho más ahora que se ha echado un amigo que a mí no me gusta, un maldito negro, mayordomo del señor marqués de Castoreal.

El padre Clemente hizo involuntariamente un movimiento.

—Padre, padre, yo tengo mucho miedo. Mi marido es doctor en farmacia.

—¡Ah!, exclamó el padre Clemente.

—Pero estoy temblando, padre, estoy temblando. El otro día sorprendí una conversación entre el negro Saul y mi marido. —¿Para qué me ha hecho Dios químico?, decía Fermín. Yo juro que aunque abran al marqués, no podrán decir otra cosa sino que ha muerto de una gastritis.

—¡Oh, Dios mío!, exclamó el padre Clemente.

—¡Ah!, calle usted, calle usted... está ahí, le oigo cantar *El Duende*.

* * *

En un cuarto de hora, el padre Clemente estaba en casa del marqués de Casanuevas. Este se hallaba en lo mejor de su sueño cuando le despertó el ayudo de cámara.

Se trata de un asunto muy grave, señor marqués, dijo don Clemente.

—¿Un asunto muy grave?

—Sí señor. ¿No es usted sobrino del señor marqués de Castoreal?

—Sí señor, sobrino carnal.

—Pues bien, el marqués de Castoreal está amenazado de un crimen.

Y contó, tratándolo con suma claridad, todo lo que había pasado entre él y Ana la cafetera.

Y el padre Clemente, ya más tranquilo, salió, después de haber recibido un apretón de manos del marqués, que le acompañó hasta la puerta.

No habían acabado las sorpresas.

Al llegar a su casa el padre Clemente encontró esperándole a una joven de la vecindad.

—Padre, le dijo, quiero evitar un crimen.

—¿Y a qué crimen se refiere usted?

—Al robo de una criatura.

—¡Ah!, exclamó el padre Clemente. ¿Al robo de ese niño que tiene en los brazos la pobre Rosa?

—Sí señor, sí.

—¿Quiere usted explicarme?...

—Sí señor, sí. ¿Usted sabe quién soy yo?

—No, hija mía; yo no me entrometo jamás en las operaciones de mis semejantes.

—Pues bien, padre, dijo Eustoquia; soy una señorita descendida de una alta posición a una posición miserable. Soy sobrina de la marquesa de las Aceñas. Mi tía ha gastado más de lo que poseía, ha dado al traste con todas sus rentas y sus bienes. Yo quedé huérfana y encargada a ella; también malgastó mi patrimonio y me vi reducida a ganarme mi subsistencia. Soy ahora cantarina de café.

—¡Oh! ¿Qué lugar para una joven!

—Padre, las apariencias pueden condenarme, pero en el fondo, por ante Dios, yo no he faltado a mi dignidad. Pero vengamos a lo positivo y a lo que importa: anoche fué a buscarme al café el zapatero de abajo. Fué a llevarme un regalo de parte de un hombre a quien yo no conocía: ocho onzas.

—¿Y cuál es el objeto de ese hombre?, dijo el padre Clemente.

—El objeto de ese hombre es apoderarse de ese niño que está en poder de esa pobre Rosa.

—Ese niño es su hijo, dijo el padre Clemente por probar hasta qué punto estaba la joven en el secreto.

—No, no, dijo sonriendo Eustoquia: ese niño no es hijo de la pobre Rosa. Le fué entregado para que lo criase, y ese niño es necesario no sé para qué. Esto es el misterio. Pues bien, créame usted, padre, créame usted; no he querido que, pudiendo yo evitarlo, se cometa un crimen cuya trascendencia se deja conocer. Yo he seguido la corriente a ese hombre con el loable objeto de desbaratar sus siniestros proyectos. Me ha dado cuatro mil duros. Será necesario dejar esta casa, ¿verdad?

—Sí, hija mía, sí, porque tenemos donde meternos.

—¿Y dónde?

—En una casa de vecindad cerca de aquí.

—¡Ah! ¿Una casa de vecindad!

—Sí, hija mía, sí; tengo mis razones para ello, dijo el padre Clemente. Ese pobre niño está echechado. Si viviéramos en un cuarto, en cualquier casa, un golpe de mano que nos lo arrebatase sería fácil; en una casa de vecindad es completamente distinto: hay ojos por todas partes, y una fraternidad *sui generis* que podría llamarse espíritu de vecindad, a pesar de las riñas diarias que pasan, porque son hijas de la mala educación. El niño allí estará completamente seguro. Además de eso, allí hay personas honradas y buenas que me inspiran una absoluta confianza: seremos una pequeña asociación en medio de esa otra asociación anónima que se llama casa de vecindad, una pequeña sociedad de hambrientos que se unen para tener menos hambre y menos frío y menos soledad.

—Perfectamente, dijo Eustoquia. Me avengo a todo, me parece muy bien su proyecto de usted, yo soy sencilla, renunciaré a mis sueños de restauración de mi posición, por decirlo así; mi tía es el único elemento díscolo, pero ya la haremos entrar por el aro.

Don Ramón había aterrado a Rosa, la había revelado que lo sabía todo, la había amenazado hasta con un procedimiento judicial si no se le hacía ver el breve o el principio químico que llevaba consigo Permita el bolicario.

Éste se lo entregó a discreción, pero escribiendo el móvil que la había aterrorizado de hechizos respecto al marqués.

—Me parece, dijo a don Ramón, que mi marido ha dejado de amarme, que desconfía de mí, que me mira con recelo y por medio de Saul me he valido de uno de esos hombres que poseen secretos para hacer que una persona ame a otra.

—Superstición y vulgaridades, Rosa, dijo el marqués, de que es necesario que te cures. No hay materia médica en el mundo ni sustancia que haga que una persona ame a otra. Estos embusteros, estos hechiceros de oficio, se valen de pócimas excitantes, e veces de venenos, y en el estado en que se encuentra mi excelente tío, sería peligrosísimo hacerle tomar una de esas pócimas.

Y el marqués salió murmurando:

—¡Qué me importa a mí Aurora! ¡qué me importa a mí Rosa! Lo que me importa es Herminia, mi buena Herminia, mi hermosísima Herminia.

Rosa entre tanto escribía en un papel avitelado lo siguiente:

«Ocúltate, Gabriel, estás descubierto; ocúltate bien, pero hiere desde la sombra y pronto. Mata al marqués de Casasnuevas.»

Aquella misma tarde Saul entró aterrizado en el gabinete de su ama.

—Niña Rosa, Alción acaba de ser encontrado muerto. Ha querido agradecer a don Ramón, al salir de esta casa y éste ha disparado contra él.

El marqués de Castoreal se había sentado, ^{**}delante de Rosa sin que ésta le sintiese.

Estaba sombrío y colérico, y no apartaba de su esposa la torva mirada:

—¿Qué es esto? exclamó Rosa.

—Esto es que Dios ha tenido compasión del enfermo, del sonámbulo y le ha vuelto la razón, sin quitarle ni uno solo de los recuerdos de lo que le ha acontecido durante su locura.

—Y bien, ¡qué felicidad! exclamó Rosa. ¡Yo que estaba dolorida, que temblaba por tí... ¡Oh, Dios mío!

—Quieta y silencio, respondió el marqués. La miserable, la infame, la asesino y no la adúltera, porque tú no eres mi esposa, no debe levantar la voz sino para pedir a Dios tenga misericordia de ella. ¡Ah! Dormía yo, dormía, me había acostado calenturiento; un terrible dolor de cabeza me hacía sufrir de una manera insoportable, apenas podía respirar, sentía fuego en las venas; un demonio tentador, giraba en torno mío siempre candente, mandé a Sebastián me vistiese y cuando lo hubo hecho le despedí, y llegué a tu cuarto y me puse de escucha.

—¡Oh, Dios mío! exclamó Rosa. Pero tú has soñado, tú has soñado.

—¿Y qué me importa quien tú seas? ¿Qué me importa que durante algún tiempo te hayan creído mi esposa? Los locos, los incapacitados de hecho no pueden celebrar contrato alguno. Y además de eso, ¿qué comunidad ha existido entre tú y yo? La comunidad que existe entre el verdugo y la víctima. Yo no tenía razón ni sentimiento, ni voluntad más que para acercarme a tí, mirar tus ojos, embriagarme en la contemplación de tu hermosura y gemir cuando me rechazabas. Dios ha salvado en mí a una de esas víctimas, y al salvarme te me ha dejado ver en toda tu deformidad. Pero mi hijo! Yo tenía una hija: ¿Qué ha sido de ella?

—Está loca, respondió Rosa.

—Loca, sí, ya lo sé, loca. Pero ¿dónde, dónde? Hace un siglo que no la veo. ¡Loca!... Sí... El asesinato de la Fuencisla...

—¡El asesinato de la Fuencisla! exclamó aterrada Rosa.

Y se levantó con la muerte en la mirada, inclinándose hacia el marqués. La pantera se encogía para acometer.

El marqués sacó del bolsillo un pistoleta.

—Siéntate, dijo. La pólvora es la fuerza de los débiles, lo mismo que de los fuertes. Lo había previsto todo y he pedido esta arma a Sebastián. Siéntate, y no te muevas.

Había tal decisión en el acento del marqués, tal fijeza, y tan terrible era su

mirada, que Rosa se santó; y no atreviéndose a provocar de ninguna manera a marqués, inclinó los ojos.

El marqués desarmó el pistoiete y le guardó en el bolsillo.

—Sí, dijo el marqués, el asesinato de la Ruencista. Hebeis hablado delante de mí y tu infame cómplice; habéis obrado como si yo no hubiera existido. Aquel niño hijo de la impureza, aquel niño recogido por mi hija Herminia con la caridad de un ángel, aquel niño fué la causa de los sucesos cuya impresión cogió tan débil y tan enfermo a mi hijo Ginés, que le mató. Yo no os culpo directamente de esa muerte, pero sí de la locura de Herminia, causada por la morfina que dejó en su agua ese infame Saul.

El marqués continuó:

—Quiero reconocer a mi nieta Aurora como heredera legítima de mi mujer; quiero romper de una vez la red horrible en que se ha enredado mi familia; quiero ver a Juan, mi pobre hijo. ¿Dónde están?

—Casa de tu sobrino el marqués de Casasnuevas.

—Bien, pues quiero verla al momento, dijo el marqués; y al decir que quiero digo que voy, porque ninguno de mis criados se atreverá a desobedecerme.

—Bartolomé de Fonseca, exclamó Rosa, yo no te amo, no puedo amarte: pero puedo jurarte, sí, que todo lo que he hecho ha sido bajo la presión de ese infame que me ha fascinado.

—¿Cómo has conocido a ese hombre?

—Déjame, contestó esta. Me estoy muriendo, mi cabeza se desvanece, necesito quedarme sola, recogerme, dejar pasar esta sublevación de mis nervios. Déjame, Bartolomé; mañana, mañana todo. Ya no le amo, ya no me fascina; no: por lo que creo que debe haber muerto.

—¡Oh! exclamó el marqués. Lo maravilloso no, no; eso no puede ser.

—Vas a verlo. Dí a Sebastián que enganchen un carruaje; y que pregunten en qué estado se encuentra don Gabriel de Mendoza y si ha muerto, la hora precisa en que murió. Y al momento, aquí con la respuesta.

—¿Pretendes, dijo el marqués, justificar tu creencia en lo maravilloso.

—¿Y el magnetismo, Bartolomé?

—¡El magnetismo!

—Sí, el magnetismo, que es la hechicería, sí. Hoy se llama magnetismo a lo que se llamaba magia en tiempo de las sibilas. ¡Ah! Me estoy muriendo, Bartolomé. Déjame, déjame por piedad, te lo suplico. Hemos enviado al hospital a Jacinto a las tres... Veamos, veamos a qué hora murió y te convencerás, tú comprenderás que he sido una víctima como tú.

**

El marqués de Castoreal se precipitó hacia su sobrino y le abrazó.

—¡Oh! ¿Qué es esto, tío? dijo el marqués de Casasnuevas echando los pies fuera de la cama, cogiendo las babuchas y echando mano a su bata. A ver, a ver, venga el pulso. ¿Qué es esto? Perfectamente, regular. Tío, tío, ¿qué corriente eléctrica, maravillosa, inesperada, ha pasado sobre usted?

—Estaba en poder de Satanás.

—¡Oh! ¡Ya lo creo! Eso es ciertísimo, porque Rosa y sus agentes no son otra cosa que Satanás.

—¡Oh! La pobre Rosa ha sido otra víctima;

—Tío, tío, que no me vuelva atrás: que no diga que si ha desaparecido el peligro de la vida, estamos todavía en el peligro de la razón.

—Déjemonos de eso, Ramón. Quiero ver a mi pobre hija Herminia.

—¿Y a esta hora? Se va a sorprender.

—¿Y qué importa? Será para ella una sorpresa agradable abrazar a su padre y encontrarle salvado, restablecido, con algunos años de vida aún; porque yo, Ramón, creo que viviré algunos años.

—Me parece que sí, tío; me parece que ha echado usted fuera o que lo ha echado Dios, lo que le mataba, y de ello me alegro infinito. Pero puesto que

quiere usted ver a mi prima Herminia, empiece usted por agradecerme mucho el encontrarla viva, porque a mí me lo debe.

—¡Oh, Dios mío, qué felicidad! exclamó Herminia al comprender por la expresión del semblante de su padre había recobrado la razón.

—Todos nos hemos salvado.

—Vamos, esto es delicioso, conmovedor, embriagador, exclamó el marqués de Casanuevas. Mi tío, Herminia, dice que no tengo corazón, y sin embargo, mira, me corren lagrimones por las mejillas ¡Oh! ¡Qué satisfacción tengo! A mí se me debe esta alegría, y se acabará por debérselo todo.

—Dios te lo pague, Ramón. Dios te lo pague como yo te lo agradezco. Trájeselo completamente contigo; me has conservado lo único que me quedaba de mi familia.

—¡Ah! No, no. Algo más queda, padre, algo más, quedan Aurora y Juan.

—Sí, sí, es verdad, dijo el anciano marqués; pero, ¿dónde están? No puedo llegar a ellos como quisiera, no puedo abrazarlos, para acabar de ser feliz.

—¡Oh! Sí, sí, exclamó Herminia. Es necesario que antes de que recaiga una sentencia definitiva, nosotros, padre mío, usted y yo, nos apresuremos a reconocer como a la heredera legítima del título y de los criados de nuestra casa; a Aurora. ¡Oh! y cuánto deseó verla. Es tan hermosa, padre mío, tan hermosa, tan simpática, tan buena...

Al llegar a la casa el marqués de Castoreal se encontró con que la justicia había preso a Saul. El infame negro viéndose perdido declaró cuánto sabía y Rosa, apesar de todos los esfuerzos del marqués fué conducida a la cárcel donde un escandaloso proceso puso de relieve sus crímenes.

Herminia se apresuró a ir a buscar a Rosa.

—¡Ah, señora marquesa, señora marquesa! ¡Vucencia aquí! ¡vucencia buena, con juicio! ¡Qué alegría, Dios mío!

—¡Rosa!, exclamó Herminia. Tú pálida, flaca, triste. ¿Qué es esto?

—Me he quedado viuda, exclamó Rosa; he perdido a mi buen Cristóbal. ¡Oh, señora! ¡Cuánto he sufrido!, ¡cuánto he pasado! Yo iba todos los días a casa del señor marqués de Casanuevas a preguntar si vucencia estaba mejor, y siempre, siempre me decían: —Está loca.— Yo lloraba y rezaba por vucencia, y Dios me ha oído, Dios ha devuelto a vucencia la razón.

Esteban se había despertado y miraba con sorpresa, con esa graciosa sorpresa infantil de los niños, a Herminia.

—¡Oh, hijo mío!, dijo ésta. Ya había renunciado a encontrarle.

—¿Qué señora es esta, mamá?

—Es tu segunda madre, hijo mío, contestó Rosa.

—¡Ah! ¡Qué hermosa es!, exclamó Esteban.

Y con sus dos manecitas tomó las mejillas de Herminia y las besó cariñoso.

—¿Cómo, cómo has vivido tú, Rosa?, preguntó Herminia.

—Muriendo, señorita, muriendo; pero resuelta a guardar, a defender a este niño que vucencia me había entregado.

—Gracias, Rosa, gracias; has sufrido mucho por mí y yo te lo agradezco; pero has acabado de sufrir, mujer, porque te vienes conmigo. Yo comprendo que tus amigos sentirán que te separes de ellos; pero que consideren que yo tengo más derecho que ellos a tenerte a mi lado, y cesará su disgusto.

—¡Oh, señora!, dijo el padre Clemente. Todos queremos la felicidad de Rosa, que ha sido una noble mártir.

—¡Oh! De su suerte me encargo yo, dijo Herminia. Para mí Rosa es una hermana del corazón, un afecto inmenso, y ustedes, señores, que son sus amigos, pueden contar también conmigo en todo, por todo y para todo.

—Muy bien, señora, dijo el padre Clemente.

—Ustedes todos pueden contar con la casa del marqués de Casanuevas, mi primo, en donde habito. ¿Quiere usted ser mi director espiritual?

— ¡Ah! Sí señora, excúame el padre Clemente.

— Pues bien, mañana quiero verle a usted; quiero ponerme de nuevo en relación con Dios.

— Iré, señora.

Al día siguiente, dispuesto todo, se hizo el solemne reconocimiento de Aurora y de Juan, y declarada la capacidad legal, tanto del marqués como de Herminia, se llevaron a cabo todos los proyectos que se referían a la constitución de la familia.

A Aurora se la dió la posesión del título y del mayorazgo de Castoreal, se reconoció como hijo segundo de los marqueses de Castoreal a Juan de Fonseca, y se le puso en posesión de sesenta millones en títulos del banco inglés y de la mitad de los bienes libres de la familia.

Aurora, no pudiendo ser ya su tutor Juan, porque había cambiado su estado civil, fué puesta por la voluntad de la familia bajo la tutela del marqués viudo de Castoreal.

Esteban fué adoptado solemnemente por Herminia, que se lo llevó consigo.

Don Clemente se había presentado aquel mismo día casa del marqués de Castoreal, y se le había considerado desde el primer momento como de la familia.

Corrieron los días, y al fin llegó uno en que se realizaron los matrimonios siguientes:

El de Herminia con Casasnuevas.

El de Aurora con un joven marino que la adoraba, y el de Juan con la señorita Eustoquia, la ex bailarina de café, que había rehabilitado el título de marquesa de Aceñas.

Un día los periódicos anunciaron lo siguiente:

«Ha recaído sentencia en la célebre causa de la ex marquesa de Castoreal.

«Hoy se ha leído la sentencia a los dos reos, esto es, a la peruana doña Rosa Alvarez y al negro Saul Pérez.

«La primera ha sido sentenciada a cadena perpetua; el segundo a muerte, y ha sido puesto en capilla.»

Aún no habían pasado cuatro meses desde el día en que Rosa fué rematada para el presidio, cuando el marqués de Casasnuevas recibió la siguiente carta, escrita con tinta roja, con una letra preciosa, aunque tan acentuada, que marca-ba se había escrito bajo el impulso de una pasión terrible:

«Ramón: Sin tu auxilio, abandonada por tí, te escribo ja bordo del yact anglo-americano *El Condor*. Soy demasiado hermosa y ságaz para que una prisión sea para mí segura.

«Un empleado del presidio de mujeres de Cartagena ha huído conmigo.

«Espero con ansia el día en que podré estrecharte la mano, Ramón, y pagarte tus beneficios.

«Un momento antes de hacerse a la vela para Nueva York. — *Rosa Alvarez.*»

Esta carta le pareció por el momento a Casasnuevas un impertinente desahogo de Rosa, y por el telégrafo preguntó si en efecto era cierta la evasión del presidio de Cartagena de Rosa Alvarez.

El telégrafo contestó:

«Es cierto, ha huído con uno de los empleados del presidio, y ha sido imposible su captura.»

El marqués se estremeció, temió por todo lo que le era grato en el mundo, e inmediatamente envió emisarios que observasen a Rosa Alvarez.

Dos meses después, uno de los emisarios del marqués le escribió la siguiente carta desde Nueva Orleans:

«Excelentísimo señor: Puede vucencia vivir tranquilo. Esa terrible mujer ha expiado su crimen de una manera providencial.

«El joven que la proporcionó la fuga del presidio de mujeres de Cartagena, la obligó a réalizar su capital, y una vez apoderado de todo, la estranguló en Nueva Orleans.

«Ha causado este crimen una sensación tan profunda, que aprehendió el cri-

minal por un descuido, ha sido tan maltratado por la multitud, a pesar de los pollicemen, que ha muerto a las dos horas de estar en la cárcel.

»Como ya es inútil mi presencia en Nueva Orleans, me embarco mañana, y cuando llegue daré a vuecencia más detalles.

»Llevaré conmigo, para cubrir la responsabilidad de vuecencia de las sospechas que pudieran concebir los que conocen la situación en que vuecencia se encontraba respecto a esa señora, una certificación bastante de lo acontecido respecto a su muerte.

»Es de vuecencia, con el más profundo respeto, siempre seguro servidór que besa s. m., Tomás Agulla.»

Cuando el marqués de Casasnuevas recibió esta carta, exclamó:

—Inudablemente hay Providencia, esto no se puede negar. Toda la ciencia del mundo, toda la soberbia humana, tiene que doblegar la cabeza bajo los inexcusables designios del Ser Supremo, que se revela en la justicia terrible en que una infame parece envuelta en las consecuencias de sus crímenes.

No por esto dejó de continuar el hambre moral de nuestros personajes

El marqués viudo de Castroreal no podía olvidar que Rosa era para él un fantasma terrible, tentador; a la hambre maldita de Rosa, que le consumía, se unían los años del pobre marqués, que al fin dió en una monomanía terrible, pero conmovedora.

El marqués de Casasnuevas sufría el hambre del corazón.

No podía equivocarse.

Herminia le amaba como compañera, como hermana, como esposa del Evangelio, pero no le amaba con el corazón del amante; y Casasnuevas hubiera dado por esto su vida, con tal de vivir algún tiempo embriagado con el amor de Herminia.

Aurora no era tan feliz como había creído.

El joven marino, simpático, bello, buen muchacho, era sin embargo un hombre vulgar.

Su amor, más que del espíritu, había sido de los sentidos, y la impresionable Aurora, dotada de un gran corazón y una gran inteligencia, vió con dolor que al fin había llegado a ser para su marido casi indiferente.

El padre Clemente, que veía todo esto, sufría también y sentía el hambre de que sus protectores recobrasen la paz del alma, y rogaba a Dios porque los hiciera dichosos.

Rosa no podía ser feliz.

Rosa tenía siempre delante la desgracia de su marido, sentía su soledad. Su amor hacia Cristóbal no decrecía; por el contrario, con el tiempo se aumentaba más y más. No tenía otro consuelo que Esteban, que se desarrollaba y que cada día demostraba mejor carácter, más inteligencia, un corazón más noble y más bondadoso.

Juan se había regenerado.

La influencia de Eustoquia había hecho de él un hombre arreglado, o mejor dicho, un hombre que no pensaba en otra cosa que en su mujer, y que cada día estaba más embriagado de amor. Y en verdad, Eustoquia era una joven incomparable, una alta dama por su educación y su comportamiento, y una huri, como decía Juan cuando hablaba de esto con Casasnuevas y Herminia.

—¡Oh!, exclamaba. Yo soy el más feliz de los hombres; tengo satisfecha mi tendencia al lujo y lleno mi corazón. Eustoquia es un ángel, y vosotros, hermanos míos, habéis sido mis redentores. Dios os lo pague

VENTAJAS QUE PRO-
PORCIONA EL CALZADO

!! EUREKA !!



Buen humor por la comodidad
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás M.^a Rivero, 11, Madrid

No compre V.

relojes, joyas o artículos de
óptica sin antes ver precios y
modelos en **La Vasco-Cas-**
tellana.—Fernando VI, 9.

Suaviza el cutis.

ALCOHOLATO

Lo mejor para fricción.
A L C O H O L E R A
Carmen, 10

SASTRERÍA DE SPORT

Moisés Sancha

Casa dedicada
a la confección
de toda clase de
prendas de sport

CRUZ, 12.- MADRID

Teléfono M-2008

Treinta años.

A esta edad, si no ha sali-
do, pronto saldrá la prime-
ra cana; no debéis descuidaros, usad en seguida el agua **La**
Flor de Oro y evitaremos las canas, la caspa y la caída del ca-
bello, conservandolo abundante y hermoso como en la edad
juvenil.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

LA NOVELA CORTA

publicará en breve originales de

C. de PARDO BAZÁN
VARGAS VILA
ORTEGA MUNILLA
GONZÁLEZ BLANCO

Librería novedades.—**Preciados,**

Todo género de
obras.—Últimas
22.—MADRID.

Gran Farmacia
en el despacho de recetas.—

de la **Viuda de G.**
López.—Acreditada
Plz.^a Isabel II, 1.

FRINÉ

NÚMEROS ATRASADOS
PRECIO: 15 CÉNTIMOS
DIRIGIRSE A LOS CORRESPONSALES

Prensa Popular

ADMINISTRACIÓN: CALVO ASENSIO, 3.—MADRID.—
APARTADO, 498.—TELEFONO, J. 623.

La Novela TEATRAL

publicará mañana domingo

EL OCTAVO, NO MENTIR

comedia en tres actos, original de

Miguel Echegaray

DIEZ céntimos

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

LOS ANIMALES

LOS ANIMALES



EL DROMEDARIO

En naturaleza,
costumbres y
modo de cazarlo

Cuaderno

20 cts.

En breve lanzaremos a la publicidad una interesantísima **colección infantil** dónde se describirán de manera detallada y amena las costumbres de las fieras y los animales salvajes y el modo de cazarlos. Esta colección se dividirá en **24 cuadernos** bellamente ilustrados **en tricolor**, consagrando cada uno de ellos a un animal diferente a saber:

León.

Tigre.

Rinoceronte.

Bisonte.

Hiena.

Elefante.

Urs.

Oiarva.

Lobo.

Zebra.

Jirafa.

Avostruz.

Elef.

Cocodrilo.

Dromedario.

Gaballo.

Ganguro.

Hipopotamo.

Foca.

Tortuga.

Serpiente.

Gato montés.

Perro.

Aguila.

Precio del cuaderno: 20 céntimos

PÍDANSE A CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACIÓN, CALVO ASENSIO, 3. - MADRID

NO SE ACEPTA EL PAGO EN SELLOS

Oficinas y Talleres de **PRENSA POPULAR**

propietaria de **La Novela Corta, La Novela Erine.**—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio

22236